Estudios Culturales, género y arte

PID_00261248

Judit Vidiella Pagès

Tiempo mínimo de dedicación recomendado: 4 horas

Universitat Oberta de Catalunya

Judit Vidiella Pagès

El encargo y la creación de este recurso de aprendizaje UOC han sido coordinados por la profesora: Maria Iñigo Clavo (2019)

Primera edición: febrero 2019
© Judit Vidiella Pagès
Todos los derechos reservados
© de esta edición, FUOC, 2019
Av. Tibidabo, 39-43, 08035 Barcelona
Diseño: Manel Andreu
Realización editorial: Oberta UOC Publishing, SL

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño general y la cubierta, puede ser copiada, reproducida, almacenada o transmitida de ninguna forma, ni por ningún medio, sea éste eléctrico, químico, mecánico, óptico, grabación, fotocopia, o cualquier otro, sin la previa autorización escrita de los titulares del copyright.

Índice

Introducción 5

Objetivos 7

1. Las guerras culturales en la academia y la emergencia de los Estudios Culturales 9
1.1. La revisión de la noción de *cultura* como eje de conflicto 9
1.2. La emergencia de los Estudios Culturales en un contexto de giros paradigmáticos y su institucionalización 12

2. El relato fundacional de paternidad y las aportaciones feministas al campo de los Estudios Culturales 19

3. La institucionalización e internacionalización de los Estudios Culturales 26

4. El interés por las prácticas de recepción y consumo subversivas de los Estudios Culturales 31
4.1. Elementos problemáticos y cuestiones críticas de los Estudios Culturales 33

5. Identidad, subjetividad y políticas posidentitarias 35

6. Judith Halberstam: Estudios Culturales, Arte Contemporáneo, Cultura Visual y Teoría Queer 42

Bibliografía 47

Introducción

Este módulo pretende abordar, de forma introductoria, la emergencia del campo de los Estudios Culturales en Inglaterra, así como su expansión en Estados Unidos y América Latina. También quiere desmitificar la narrativa patriarcal fundacional vinculada a teóricos como Stuart Hall y Raymond Williams. Para ello se aportarán otras genealogías menores, como por ejemplo las de las teóricas feministas que compartían departamento con Hall y Williams.

Para contextualizar los Estudios Culturales, es importante situar las guerras culturales en la academia en los años noventa, con los debates internos en una serie de estudios canónicos sobre sus enfoques, metodologías y temas de estudio sufriendo cambios y giros significativos en las ciencias sociales (giro visual, giro teatral y giro narrativo). Así pues, las disciplinas canónicas paulatinamente fueron cambiando los nombres de sus áreas y departamentos: en los Estudios de Historia del Arte emergieron los Estudios de Cultura Visual; en los Estudios Teatrales, los Estudios de Performance, y en los Estudios de Filología y Literatura, los Estudios Culturales.

Estos tres campos de conocimiento se han interesado por la cuestión de la identidad desde enfoques diversos:

- los Estudios de Cultura Visual se han orientado más a las prácticas de representación;

- los Estudios de Performance se han centrado en las políticas y prácticas performáticas y encarnadas de experimentación;

- los Estudios Culturales se han preocupado por las narrativas, relatos y prácticas de recepción y consumo.

No obstante, y como veremos, hay cruces e hibridaciones entre estos campos de saber, como el interés por los rituales encarnados (comprendidos en términos de performance) en las prácticas del vestir en las subculturas juveniles (mods, punks) en el caso de los Estudios Culturales, el interés por la Cultura Visual de teóricas queer desde un análisis afín al de los Estudios Culturales como en el caso de Judith Halberstam, etc.

Precisamente, si bien desde los años sesenta hasta los noventa había dominado la noción de identidad vinculada a las luchas de los movimientos «minoritarios» (como mujeres, homosexuales, afrodescendientes), será con la irrupción de la teoría queer en la academia que la noción de identidad como enclave de empoderamiento se quebrará a favor de las políticas posidentitarias, que ponen en crisis estrategias como la representación, la visibilidad, el dar voz, etc.

El concepto posidentitario surge de las transformaciones del feminismo a raíz de las teorías y activismos queer y transgénero, que intentan desplazar los saberes dominantes sobre la identidad. Tradicionalmente, los movimientos activistas y políticos habían articulado su lucha alrededor de las categorías convencionales de identidad que pretendían contestar (mujer, negro, obrero…). Estas categorías, conectadas con la identidad sexual, de género, racial y de clase, se perpetuaban repetidamente sin ser contestadas. Las políticas posidentitarias pondrán en el centro de su práctica la contestación de la identidad, en el sentido que una identidad no es la propia sino un conjunto de representaciones y categorías normativas y que es necesario un cortocircuito a las acciones políticas tradicionales que basan su activismo en las categorías convencionales que son opresivas. El creciente interés por estas cuestiones se ve reflejado en la proliferación de exposiciones sobre identidad, género, teoría queer, mestizaje e hibridación poscolonial… A modo de ejemplo, *Héroes caídos: masculinidad y representación* (2002) en Castellón y *Fugas subversivas: reflexiones híbridas sobre las identidades* (2005) en Valencia.

El término *queer*

El término *queer* proviene del inglés y puede ser traducido como 'raro', 'extraño', pero también como insulto «marica» para los que no se podían identificar fácilmente como hombres o mujeres. En los años noventa, un grupo de gais, lesbianas y trans descontentos con el conservadurismo que estaba tomando el movimiento LGTB (emulando el matrimonio heterosexual, generando un capital rosa…) decidieron apropiarse de esta palabra y convertirla en aquella que identificara un nuevo movimiento en el que el sexo y el género estuvieran en eterna construcción y transformación. Este cambio suponía rechazar las clasificaciones por género o por prácticas sexuales, es decir, vivir sin etiquetas (heterosexual, homosexual, transgénero, bisexual), ya que simbolizan estructuras que, de alguna manera, limitan la expresión de la diversidad sexual.

Objetivos

Los objetivos que los estudiantes deberán alcanzar con el estudio de este material son los siguientes:

1. Conocer la genealogía de los Estudios Culturales desde una mirada que problematiza los relatos fundacionales patriarcales.

2. Conocer las aportaciones feministas al campo de los Estudios Culturales y en particular sobre cuestiones de identidad, género...

3. Analizar y comprender algunos ejemplos de prácticas artísticas, en concreto dos proyectos comisariales que abordan la cuestión de las políticas posidentitarias y de representación.

4. Incorporar, si interesa, algunos de estos dilemas o lenguajes plásticos en la propia obra, investigaciones o discurso artístico.

1. Las guerras culturales en la academia y la emergencia de los Estudios Culturales

La noción de *guerras culturales* hay que contexualizarla en las tensiones entre las élites intelectuales ante la crisis cultural y de valores de la sociedad americana y occidental que se inician en los años veinte en Estados Unidos y toman mayor fuerza en los años sesenta y también noventa. Para estas, el tema principal era la crisis del capitalismo y las sociedades burguesas, y reivindicaban un intento de nuevo consenso sociopolítico en la sociedad norteamericana respecto a la interrelación entre economía, política y cultura, que denominaron *capitalismo democrático*. Sostenían que el paso del capitalismo liberal al consumo de masas supuso un cataclismo sobre los valores predominantes y generó una ética de consumo, una moralidad de la diversión, un hedonismo. Esta crisis se originó a finales de los años sesenta, cuando los valores tradicionales se vieron contestados por la contracultura y las luchas sobre el aborto, la homosexualidad y el feminismo radical y, por consiguiente, una mayor conciencia de las luchas culturales en relación a valores y estilos de vida relativos a cuestiones de clase, religión, raza, etnia, género, sexualidad… En los años noventa, James D. Hunter publica *Culture Wars: the Struggle to Define America*, que pone en el mapa de las ciencias sociales este debate, que se difundirá en periódicos, revistas, congresos, publicaciones académicas, noticias, etc.

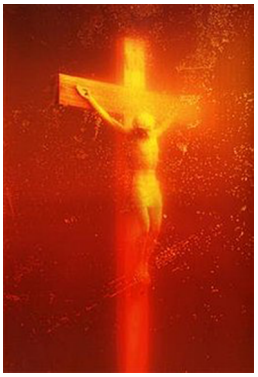
1.1. La revisión de la noción de *cultura* como eje de conflicto

Las disputas sobre el concepto de *cultura* no son nuevas, sino que vienen de lejos. Desde la comprensión antropológica, presente en 1870 y popularizada en los años treinta, hasta el rechazo en los años cincuenta por parte de algunos sociólogos y antropólogos por considerarlo un término excesivamente amplio para ser usado en el discurso científico y académico, aunque usado para referirse a una serie de valores internalizados desde la infancia, que moldean a las personas. En los años setenta Clifford Geertz reorientó el estudio de la cultura hacia los significados públicos y simbólicos, entendiendo que ni se trata solo de una estructura macro que ejerce presión hacia las personas, ni de actitudes y creencias individuales y genuinas de las personas, sino de un contexto a través del cual las cosas se hacen inteligibles, es decir, de una red de significaciones y una búsqueda interpretativa de significados. Pero este enfoque no analizaba en profundidad cómo es que algunas culturas representan creencias autorizadas, hegemónicas, normativas y legitimadas de una sociedad, y otras no.

En los años noventa se considerará todo lo contrario, es decir, un término demasiado preciso y estricto en su sentido, por lo que *cultura* pasará más bien a referirse a una caja de herramientas, un repertorio de habilidades y estilos, un grupo de estrategias de acción (habilidades, estilos y unos conocimientos informales). A finales del siglo XX, se irá rechazando paulatinamente la idea

de que la cultura moldea el carácter a través de una serie de valores universales que configuran nuestra personalidad basados en categorías esencialistas, hacia una comprensión relativista que define la cultura como una estructura de significados negociados. Y es que, con la aparición de la televisión y posteriormente de las redes sociales y la web 2.0, en todas partes del mundo se da una articulación de lo transnacional, nacional, local y personal, que hace difícil seguir asumiendo que una cultura en particular es el modo poderoso de dar sentido al mundo. En la nueva visión de la cultura se entiende que las personas tienen acceso a fuentes e ideas culturales diversas, locales, nacionales y globales, y que, por tanto, nunca pueden ser cerradas, esenciales y pertenecientes a un único relato social coherente, sino más bien contradictorias, mutables, híbridas, permeables… De hecho, el propio capitalismo ya fomenta de por sí esta apertura y diversidad como algo atractivo para generar beneficios, de modo que estos enfoques críticos con las ideas tradicionales de identidad y cultura son absorbidos por el capitalismo, capaz de reinterpretar elementos de diferentes contextos culturales y convertirlos en nuevos objetos e identidades de consumo (el pornochic en publicidad, la moda punk de H&M, el grunge de Zara, etc.).

Progresivamente, un mayor número de teóricos se situarán en posiciones intermedias entre la visión determinista y estructuralista de la cultura –en la que la cultura moldea la acción humana– y posiciones más voluntarias que permiten una mayor agencia individual a la hora de seleccionar de entre todos los repertorios existentes. Serán precisamente los Estudios Culturales los que se interesarán por el estudio de la cultura de masas y el papel de los *mass media* populares con el fin de retomar estas nociones sobre las culturas entendidas como fragmentadas, híbridas, desterritorializadas… Pero también se interesarán por analizar las instituciones, clases y grupos que se disputan la articulación de los significados sociales de las cosas. Y es precisamente esta disputa la que llevó a una serie de conflictos sociales en el contexto de las guerras culturales a finales de los años ochenta y noventa en Estados Unidos, en las que tuvieron un papel importante las provocaciones de una serie de artistas. Por una parte, dos piezas artísticas, la de Andrés Serrano *Piss Christ* y la de Robert Mapplethorpe *The Perfect Moment*, seleccionadas para el premio de financiación de la National Endowment for the Arts (NEA), censuradas por el senador conservador Jesse Helms en 1989. Y, por otra parte, los artistas llamados NEA Four (Karen Finley, Tim Miller, John Fkeck y Holly Hughes), a los que también se les dotó del premio NEA y posteriormente se les vetó en junio de 1990. El senador Helms introdujo una ley en el Congreso que prohibía a la NEA financiar arte «obsceno».



Fotografía de la obra *Piss Christ* (1987), de Andrés Serrano. En esta obra fotográfica se observa un crucifijo sumergido en orina. El senador Jesse Helms la censuró con el apoyo de la Asociación Conservadora de las Familias Americanas Cristianas, que hicieron cancelar la exposición en el Southeastern Center for Contemporary Art en Winston, Salem, Carolina del Norte. Fuente: Sothebys

El debate real no estaba tanto en el dinero de los premios o las acusaciones de obscenidad de estas piezas artísticas, que también, sino en los desacuerdos sobre qué historia se enseñaba en la educación y qué valores se debían perpetuar. Las disputas se reñían entre los que estaban a favor del rol del gobierno en apoyar la vida cultural nacional y aquellos que no estaban dispuestos. Los que estaban a favor se fijaban en Europa, en sus precedentes históricos y en

la necesidad de promover las artes y la formación en disciplinas y actividades que no habían recibido el apoyo de la filantropía privada o del mercado. Y los que se oponían a menudo lo hacían desde un discurso liberal en contra de la implicación del gobierno en materia cultural, rechazando el apoyo de las artes y las humanidades, basándose con frecuencia en fundamentos morales como parte de una crítica al gobierno, que partía de creencias religiosas sobre los valores de las políticas públicas.

Robert Mapplethorpe (1979). «Brian Ridley y Lyle Heeter» [imagen cortesía del Museo de Arte del Condado de Los Ángeles (LACMA)]. En *The Perfect Moment*. © Robert Mapplethorpe Foundation

Fotografía de Robert Mapplethorpe, premiado también por la NEA, de la serie que formaba parte de la exposición *The Perfect Moment*, y que unas semanas después fue censurada por el Congreso por contener fotos de sexo explícito entre hombres. La polémica generó protestas en la calle y el director del centro Corcoran decidió cancelar la exposición a menos de tres semanas de la inauguración. Fuera del museo, los que protestaban por el cierre decidieron proyectar imágenes de la obra de Mapplethorpe en las paredes del edificio. Cuando la exposición itineró más tarde al Contemporary Arts Center en Cincinnati, tanto el centro como su director fueron acusados por obscenidad. Fuente: Phaidon

Es en este contexto, muy crítico con los valores que diseminaban la cultura popular y los *mass media*, pero también el arte, donde se cruzan las «guerras» y debates sobre el sentido de la educación y la cultura que se dan tanto en la política como en la academia. Para los senadores conservadores, el enfoque cultural de la izquierda es dañino y lleva a «epidemias» como las drogas, el sida, el libertinaje… Y para los intelectuales con posicionamientos críticos, se hace necesario cuestionar y replantear los relatos hegemónicos que habían dominado hasta el momento con relación al género, la raza, la sexualidad, la

clase social, la religión, etc., no solo en el pensamiento y la academia, sino también en los *mass media*, la cultura visual y popular (cine, cómics, novelas, televisión…).

1.2. La emergencia de los Estudios Culturales en un contexto de giros paradigmáticos y su institucionalización

Ya desde los años sesenta, los Estudios Culturales emergen como un giro paradigmático que considera la cultura en un sentido amplio con relación a grupos sociales y desde una mirada política que se interesa por comprender en qué medida la cultura de un determinado grupo social (en un primer momento de las clases populares) cuestiona o negocia el orden social o, por el contrario, se adapta a las relaciones de poder. Este giro cultural enfatizó el uso de una serie de palabras clave que formarían parte de los ejes transversales y fundamentales en el estudio e investigación en las ciencias humanas: *cultura*, *discurso*, *representación*, *identidad*, *subjetividad*, etc. Algunas de las preguntas e intereses de partida que se formulaban eran:

- ¿En qué modo el entorno social, la edad, el género o la identidad étnica afectan la relación que mantienen las personas con la cultura?

- ¿Cómo comprender la recepción de los programas de televisión por los diferentes públicos?

- ¿Los estilos de vida de los jóvenes constituyen formas de resistencia?

Estas y otras temáticas son desarrolladas en los años setenta por la Escuela de Birmingham, que exploró las culturas juveniles y obreras (mods, punks), así como los contenidos y las prácticas de recepción y consumo de los medios de comunicación y que, poco a poco, irían poniendo el énfasis en la capacidad crítica de los consumidores, cuestionando el papel central de la clase social como factor explicativo y ampliándolo a otras variables como la edad, el género, la etnia…

En sus comienzos, la mayoría de estudios de la Escuela de Birmingham se centraban únicamente en la variable de clase social, especialmente las clases más populares y obreras para entender y explicar la articulación de las clases sociales y la práctica cultural por medio del control social y la hegemonía de la ideología dominante. Las actividades culturales de las clases populares se analizarán para cuestionar las funciones que asumen respecto a la dominación social, lo que abrirá dilemas como:

- ¿De qué manera las clases populares se dotan de sistemas de valores y de universos de sentido?

- ¿Cómo se articulan en las identidades colectivas de los grupos dominados las dimensiones de resistencia y aceptación de la subordinación?

Como veremos más adelante, esta atención hacia la clase social invisibilizaba otras categorías identitarias como el género y la etnia, lo que conllevó una escasa atención a las prácticas culturales de las mujeres, afrodescendientes, etc.

Lo que se inició como un foco periférico de investigación en el contexto académico, influenciado por la nueva izquierda británica, se expandió en los años ochenta no solo en Inglaterra sino también en Estados Unidos, y gradualmente también fue variando el tipo de trabajo y análisis hacia componentes de etnicidad, género, sexualidad... Pero en esta expansión hacia otros contextos, como el de Estados Unidos o América Latina, habrá también rupturas debidas a relaciones de poder entre componentes causadas por las suspicacias generadas por esta institucionalización e internacionalización de los estudios: entre otras, la acusación de la pérdida del enfoque militante marxista inicial o los cambios sociales debidos a un fortalecimiento del consumo y los *mass media*, la circulación neoliberal de mercancías y bienes culturales, etc.

A partir de este momento de auge e institucionalización de los Estudios Culturales proliferarán revistas, libros, manuales, congresos, así como departamentos en numerosos países, definiendo este campo de estudio muchas veces desde una etiqueta radical de antidisciplina, en el sentido de que rechaza las separaciones disciplinares y los campos de saber tradicionales, para reivindicar una hibridación de enfoques e intereses de estudio (moda, literatura, música, arte, etc.). Esta quiebra respecto a las disciplinas tradicionales no solo se dará con los Estudios de Comunicación y Filología respecto a los Estudios Culturales; también en el caso de los Estudios de Cultura Visual ocurrirá algo similar con respecto a la Historia del Arte, muchas veces condenada de elitista, y que paulatinamente se irá viendo como limitada al ser una disciplina autorreferencial, o en el caso de los Estudios de Performance respecto a los Estudios de Teatro.

Ejemplos de la ruptura de las disciplinas tradicionales

Algunas reconocidas instituciones, como el Goldsmiths College del Reino Unido o la New York University de Nueva York, cambiarán el nombre de sus departamentos de Historia del Arte a Visual Studies y de Theatre Studies a Performance Studies, respectivamente.

En el caso de los Estudios Culturales hubo una fascinación por los textos culturales (objetos, imágenes, acciones y comportamientos que median significados culturales) y los procesos sociales. Si bien inicialmente en los años cincuenta estaban interesados por la alfabetización de las clases sociales más desfavorecidas, poco a poco (más hacia los años ochenta) se van a ir interesando por las estrategias de producción cultural, recuperando la atención hacia la comunicación de masas, la ideología y los contextos de producción de mensajes mediáticos, así como las prácticas de recepción y consumo cultural, etc. El estudio de materiales visuales como teleseries, revistas de mujeres, anuncios de televisión, cómics, etc. acercará el interés de los Estudios Culturales al de los

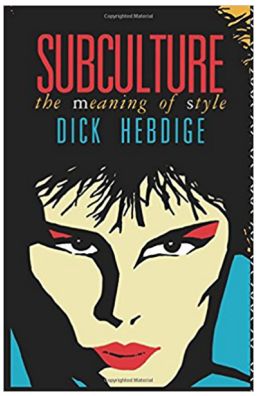
Estudios de Cultura Visual, lo que les hará perder su carácter político inicial, que pretendía entender cómo la cultura afectaba a los procesos de producción económicos, y empezar a preocuparse por las relaciones de poder donde la cultura interviene especialmente en los aspectos relativos a los procesos de recepción, interpelación y construcción de deseo, o en la mediación de identidad en las representaciones hegemónicas.

La fijación por los rituales de resistencia en la vida cotidiana acercará los Estudios Culturales a los Estudios de Performance en los años setenta, en concreto al estudio de las subculturas juveniles, en una clara afinidad con algunas de las cuestiones abordadas por los Estudios de Performance, como la importancia de las prácticas de corporización en el análisis no solo de las representaciones que los medios de comunicación median, sino también de cómo los individuos encarnamos y resistimos estos significados culturales mediante prácticas y estrategias contrahegemónicas y rituales sociales encarnados. Para ello se fijarán en los estilos de vestir, los gestos corporales, los rituales cotidianos, el baile, etc.

Similitudes entre las tres disciplinas

Lo que confluye en los Estudios de Cultura Visual, los Estudios de Performance y los Estudios Culturales es una voluntad de democratización no solo de los casos (objetos y sujetos) de estudio, sino también de una revisión de la producción elitista del conocimiento junto con la voluntad de incorporar cuestiones políticas e ideológicas en sus análisis. El interés por estudiar el papel activo y la agencia de los sujetos irá creciendo sucesivamente, si bien en un primer momento giró alrededor de cuestiones de tradición marxista, que quizás otorgaron un excesivo protagonismo y poder a los medios de comunicación al colocar a la audiencia en una posición pasiva y muchas veces despersonalizada de masa acrítica. Para que este cambio se pudiera dar, fue importante no solo conceptualizar la posibilidad de un individuo activo capaz de hablar e implicarse en la construcción del significado, sino también la incorporación «literal» de su voz y reflexividad, por lo que paulatinamente se fueron fomentando otro tipo de metodologías de investigación menos semióticas y más etnográficas: entrevistas, observación de campo en sus contextos privados, etc., con una progresiva consideración de las subculturas urbanas como estudios de caso de resistencia.

Stuart Hall; Tony Jefferson (ed.) (1976). *Resistance through Rituals*. Libro editado por Stuart Hall y Tony Jefferson (1976) en el que se aborda la noción de *resistencia* mediante los rituales cotidianos como el vestir.



Dick Hebdige (1979). *Subculture*. Libro escrito por Dick Hebdige (1979) que se centra en una serie de casos de estudio de subculturas como los punks y el vestir como forma de contestación.

Tanta heterogeneidad de pasados disciplinares, así como de cruces e intersecciones entre disciplinas y campos de saber (sociología, antropología, historia del arte, psicología, literatura…), provocan que muchas veces desconozcamos las genealogías de estas disciplinas. Además, hay que tener en cuenta que la relación entre algunas de estas autodenominadas *indisciplinas* no siempre ha sido de cordialidad, puesto que la mención desde un campo para referirse a otro muchas veces ha llevado a una devaluación de uno en detrimento del otro.

Ejemplo de tensión entre campos

En ocasiones, los Estudios Visuales se han encontrado incómodos con ciertas conceptualizaciones que son fundamentales para la definición del campo de los Estudios de Performance como son el espectáculo, el drama, el simulacro, el teatro y la ficción.

En este panorama de «guerras culturales», el lenguaje de la subversión y la novedad coexistirá de forma complicada con el progresivo lenguaje de institucionalización al que se irán sometiendo estos nuevos departamentos. Esta contradicción no será únicamente exclusiva de los Estudios de Performance, sino que será compartida por la Cultura Visual, los Estudios Culturales, la teoría queer, los feminismos, los Estudios Poscoloniales, etc., que verán cómo una práctica política descentrada en los márgenes de lo normativo irá ocupando cátedras y departamentos dentro de la rígida estructura académica, de modo que lo que surge desde la militancia y la contestación se va institucionalizando en una estructura basada muchas veces en un trabajo *bottom-up* ('de arriba abajo') en la que los universitarios estudian a los queer, los afroamericanos… Por una parte, esta incorporación a la academia será necesaria y positiva para que otros saberes fracturen la versión hasta el momento universal del conocimiento, pero no deja de ser paradójico que un sentir y una forma de relación política se conviertan en contenidos a impartir. Muchas veces, esto suele desarticular toda posibilidad política y subversiva al institucionalizarse en formatos académicos como publicaciones, tesis o investigaciones que no tienen una acción en el contexto próximo. Otro problema con las especializaciones disciplinares (por ejemplo, másteres o asignaturas específicas de estudios feministas) es que, a menudo, solo acuden a estas líneas de investigación sujetos que ya están interesados y politizados (respecto al feminismo, lo queer, lo poscolonial, etc.), lo que dificulta una verdadera práctica de transformación social transversal que cuestione y luche por las desigualdades y saberes hegemónicos.

El denominador común de muchas de las genealogías disciplinares oficiales es que suelen instar a un constante impulso de renovación en lo que se define como nuevos pensamientos, nuevos lenguajes, nuevas metodologías, nuevas estrategias... muchas veces ya viejas en otros campos de conocimiento. Y es que lo que durante un tiempo supuso una especialización en un ámbito de conocimiento puede acabar por convertirse en un concepto de uso general y circular en el habla diaria, lejos de la carga política de resistencia y crítica que podía tener en otro momento. En síntesis, estos cambios disciplinares afectaron el modo en cómo comprendemos y analizamos el mundo, el papel social de los medios de comunicación, la noción de *identidad*, etc. Para comprender estos cambios de paradigma que sufrieron ciertas disciplinas tradicionales, incuestionadas hasta el momento, hay que aludir a los llamados *giros* conceptuales entre los años sesenta y setenta:

1) Giro lingüístico: aquellos que acentuaban la importancia del lenguaje por encima de la percepción y que enfatizaban la textualización de la cultura, con un cambio de énfasis de la literatura de los grandes nombres a la cultura popular de los medios de comunicación y de masas, las prácticas de creación de significado, la circulación de discursos, la constitución narrativa de la subjetividad, los actos de habla y de escritura, etc. En el caso específico de los Estudios Culturales, a partir de los años cincuenta se apostó por el estudio comprometido de la alfabetización de las clases populares y el interés por las prácticas de recepción, consumo y construcción de significado. En este sentido, analizaban las interpretaciones y usos diferenciados que los sujetos hacían de los contenidos mediáticos a partir de sus propios referentes culturales, como por ejemplo cómo las chicas adolescentes compraban revistas del corazón para reírse e ironizar sobre los estereotipos frívolos de identidad femenina; o también sobre las prácticas de recepción y consumo y el papel activo y de resistencia de las representaciones dominantes, como la visualización en familia de series de televisión y la negociación de los relatos que mediaban.

La textualización de la cultura

Las aproximaciones textualistas insisten en la naturaleza construida de los significados, ya que ponen de relieve los elementos políticos implicados en tales procesos de inscripción de lo social, lo cultural y lo histórico en los textos (tanto literarios como visuales…). En la posmodernidad se entiende que los discursos sociales se perpetúan por medio de textualizaciones, sean palabras o imágenes, que condesan significados culturales, construcciones ideológicas y estéticas, imaginarios y representaciones. El antropólogo Clifford entendía la cultura como «un conjunto de textos. Las sociedades contienen en sí mismas sus propias interpretaciones. Lo único que se necesita es aprender la manera de tener acceso a ellas» Geertz (*La interpretación de las culturas*, 1973, pág. 372). Por medio de estos textos se podía analizar la construcción de autoridad y las formas hegemónicas de ver y comprender las representaciones sociales y culturales, así como las ideologías ocultas y naturalizadas. A través de estas nuevas formas de leer las realidades culturales se ha tratado de cuestionar el aparente carácter estable de los significados y la aparente neutralidad de las representaciones para dar cuenta de las codificaciones culturales y las ideologías por relaciones de poder inscritas en los textos culturales (una película, una obra de arte, una canción, una obra de arte, etc.).

2) Giro teatral: aquellos que enfatizaron el rol olvidado del cuerpo, por lo que pusieron en escena la importancia de las prácticas de corporización y el uso de conceptos teatrales para comprender las formas actuales de configuración identitaria.

Ervin Goffman

Teóricos sociólogos como Ervin Goffman usaron la metáfora del escenario de teatro para desarrollar su teoría sobre la representación de la persona en la vida cotidiana (1956).

En los Estudios de Performance, los puntos de interés se distribuirán más hacia la discusión sobre la encarnación-performatividad del discurso, la representación, la identidad corporizada, el análisis de las estrategias a través de las cuales opera el poder, las tácticas de resistencia, las políticas y estéticas de experimentación, el etnodrama, la escritura performativa como práctica política, etc.

3) Giro visual: aquellos que focalizaron en las implicaciones políticas de ciertas prácticas visuales y que se centraron en el estudio de las imágenes en relación con la circulación y el poder de mediación de las representaciones, la incorporación del placer en los modos de ver y las prácticas de espectatoriedad en el «consumo» de lo visual, la formación de identidad, etc. Este giro pondrá el acento en la importancia de la visualidad en las sociedades contemporáneas, así como en la capacidad que las representaciones tienen a la hora de producir regímenes de verdad y constituir identidades. El estudio de las imágenes permitirá reconstruir los procesos de formación de ideología y desigualdades sociales. Del mismo modo que en los Estudios Culturales hubo un desplazamiento en relación con la Literatura, en los Estudios de Cultura Visual se señalará la necesidad de una crisis en la Historia del Arte, conservadora y elitista, y la atención a cuestiones de género, colonialidad, sexualidad, con el fin de abrir un campo de estudio más extenso que permita abordar algunas de las problemáticas contemporáneas vinculadas a los *mass media* y a la producción y circulación de significados.

Fue la revista *October* en 1996 (una revista muy influyente en el estado de opinión de los historiadores de arte) la que encendió la mecha y desató una serie de acalorados debates entre varios intelectuales de diferentes universidades de arte americanas, por las opiniones que recogía de algunos expertos sobre las aportaciones y futuro de los Estudios de Cultura Visual en relación con la Historia del Arte. El cuestionario se entregó a reputados académicos de diferentes campos afines al arte, como historiadores, teóricos fílmicos, críticos literarios, artistas, etc. Con los resultados de las respuestas se pudo configurar una tipología de tres grupos de académicos que se localizaban desde diferentes posicionales respecto al debate:

- Los que consideraban los Estudios Visuales como una expansión coherente y apropiada de la Historia del Arte.

- Los que concebían este nuevo enfoque de la Cultura Visual como algo independiente de la Historia del Arte, más en filiación con estudios que se interesaban por las tecnologías de la visión en la era digital y virtual.

- Los que veían en el campo de los Estudios Visuales una amenaza para las disciplinas tradicionales de la Historia del Arte y la Estética.

Podría parecer que los Estudios de Performance son al Teatro lo que la Cultura Visual es a la Historia del Arte, y los Estudios Culturales a los Estudios Literarios o las Humanidades. Pero esta tendencia de las nuevas formaciones a desautorizar su relación con historias disciplinares particulares previas tiene una doble consecuencia. Por una parte, tiende a homogeneizar las tradiciones diversas de las que se supone que rompe los lazos y, por otra, oscurece la historia específica de métodos y tipos de análisis concretos a manos de los críticos que los usan. La suspicacia por este discurso de lo «nuevo» frente a lo «viejo» venía dada por diferentes motivos, como el recelo de producir sujetos para un mercado globalizado, no solo respecto a un mercado de conocimientos, sino también al fomento de los objetos de estudio vinculados a un mercado de productos y mercancías de consumo (anuncios, películas, objetos materiales de consumo...). Por otra parte, también cierta acusación al intrusismo de la antropología y sus metodologías etnográficas de investigación, que adoptaron estos nuevos campos de saber.

Este tipo de posiciones que niegan cualquier «contaminación» disciplinar y política parten de un principio universal que excluye el arte de las redes económicas y mercantiles del capitalismo. Además, condenan la Cultura Visual, los Estudios de Performance y los Estudios Culturales por su proximidad con las culturas populares, ya que quieren perpetuar la idea de que las disciplinas académicas deben ocuparse de estudiar las grandes obras no contaminadas por prácticas provenientes de los medios de comunicación y la mercantilización.

Todos estos debates se engloban en una serie de cambios: cambios tecnocráticos en las universidades; la creciente asimilación del modelo mercantil americano en las universidades europeas; la privatización de la educación que produce una relación de clientelismo con el alumnado; la consecuente conceptualización de trabajadores «mentales» en asalariados, lo que rompe el mito del intelectual público de izquierdas que hace una carrera vocacional y política; la conversión de la educación en un sector de negocios que se rige por el principio de eficiencia; la proliferación de nuevos perfiles profesionales así como de producciones culturales y artísticas y prácticas sociales que necesitan ser abordadas, etc.

2. El relato fundacional de paternidad y las aportaciones feministas al campo de los Estudios Culturales

El relato fundacional de los Estudios Culturales se inicia con la puesta en marcha del *Center for Contemporary Cultural Studies* (CCCS) en 1964 en la Universidad de Birmingham. No obstante, hacer una genealogía es algo muy complejo y no se pueden ordenar y sintetizar quince años de investigación, debates y tensiones de un campo de saber en este breve texto. A grandes rasgos, durante los diez años previos a la puesta en marcha del CCCS, hubo tres figuras importantes que contribuyeron a la cristalización de los Estudios Culturales:

- **Richard Hoggart.** En 1957 publica *The Uses of Literacy: Aspects of Working-Class Life, with Special References to Publications and Entertainments*, en el que analiza la influencia en la clase obrera de la cultura difundida en los medios de comunicación, y lo hace desde un análisis marxista de las relaciones de poder y las estrategias de cambio social.

- **Raymond Williams.** En 1958 publica *Culture and Society*, donde realiza una genealogía del concepto de cultura en la sociedad industrial desde la noción de producción ideológica, es decir, partiendo de la idea de que las prácticas culturales condensan unas visiones y actitudes que expresan regímenes y sistemas de percepción.

- **Edward P. Thompson.** En 1960 funda la revista *New Left Review,* interesado en las prácticas de resistencia de las clases populares. La aportación más conocida de Thompson es la publicación de 1963 titulada *The Making of the English Class*.

A esta tríada de «padres fundadores» hay que añadirle una cuarta figura:

- **Stuart Hall.** Presidió el CCCS entre 1968 y 1979. Hall se interesó por la polisemia en el significado de los mensajes construidos por los *mass media*, de modo que abría las maneras de codificarlos y descodificarlos, y entendía que las producciones mediáticas se concebían como áreas de lucha cultural, negociación y resistencia entre productores y receptores de mensajes.

A medida que el centro gozaba de una mayor expansión y legitimidad, aunque desde una posición universitaria bastante periférica, pues compañeros sociólogos y de estudios literarios desconfían de estos nuevos estudios, se empezó a hablar de una segunda generación de los Estudios Culturales con teóricos

y teóricas como Charlotte Brunsdon, Phil Cohen, Cas Critcher, Somin Frith, Paul Gilroy, Dick Hebdige, Dorothy Hobson, Tony Jefferson, Andrew Lowe, Angela McRobbie, David Morley o Paul Willis.

Arriba a la izquierda, Richard Hoggart. Arriba a la derecha, Raymond Williams. Abajo a la izquierda, Edward P. Thompson. Abajo a la derecha, Stuart Hall en la primera Women's Conference en el Ruskin College, Oxford, 1970

Pero frente a este relato de paternidad, muchas teóricas feministas han reivindicado la deconstrucción de estos mitos de origen en la formación de muchos campos de saber. Peggy Phelan y Shannon Jackson (2004) lo hacen respecto a la paternidad de los Estudios de Performance, con el director de teatro Richard Schechner y el antropólogo Victor Turner, e incorporan otros nombres como Dwight Conquergood, Mary Douglas, Barbara Kirshenblatt-Gimblett, Erika Fischer-Lichte, Diane Taylor o la misma Phelan. Por otra parte, Margaret Dikovitskaya (2005) descentra los relatos de paternidad que afirman que Mirzoeff y Mitchell dieron a luz a los Estudios de Cultura Visual, etc.

El propio Stuart Hall (1996a, pág. 262) ha reflexionado sobre estos relatos patriarcales fundacionales, especialmente cuando algunas compañeras feministas le hicieron plantearse que era el momento de irse y dejarles espacio.

> «My title [*Cultural Studies and its Theoretical Legacies*] suggests a look back to the past, to consult and think about the Now and the Future of Cultural Studies by way of a retrospective glance. It does seem necessary to do some genealogical and archaeological work on the archive. Now the question of the archives is extremely difficult for me because, where Cultural Studies is concerned, I sometimes **feel like a tableau vivant**, **a spirit of the past resurrected**, laying claim to the authority of an origin. After all, didn't Cultural Studies emerge somewhere at that moment when I first met Raymond Williams, or in the glance I exchanged with Richard Hoggart? In that moment, Cultural Studies was **born**; it emerged full grown from the head!I do want to talk about the past, but definitely not in that way. **I don't want to talk about British Cultural Studies** (which is in any case a pretty awkward signifier for me) **in a patriarchal** way, as the keeper of the conscience of Cultural Studies, hoping to police you back into line with what it really was if only you knew. That is to say, I want to absolve myself of the many burdens of representation which people carry around –I carry around at least three: I'm expected to speak for the entire black race on all questions theoretical, critical, etc., and sometimes for British politics, as well as for Cultural Studies. This is what is known as the black person's burden, and I would like to absolve myself of it at this moment.

Nota

Las negritas de la cita son de la autora de este material.

> That means, paradoxically, speaking autobiographically. Autobiography is usually thought of as seizing the authority of authenticity. But in order not to be authoritative, I've got to speak autobiographically. I'm going to tell you about my own take on certain theoretical legacies and moments in Cultural Studies, not because it is the truth or the only way of telling the history.»

Hall escribió tres versiones de esta historia fundacional: una primera titulada *Cultural Studies and the Centre: Some Problematics and Problems* (1980); una segunda, *The Emergence of Cultural Studies and the Crisis of the Humanities* (1990) y una tercera, *Cultural Studies and its Theoretical Legacies* (1996a). Sin embargo, según Stratton y Ang (1996) no fue únicamente Stuart Hall el que contribuyó al mito sobre su paternidad en los Estudios Culturales, ya que él era consciente de lo difícil que resultaba situarse fuera de la posición de autoridad, y menos aún cuando se veía implicado en el contexto desde el que hablaba, al formar parte de esa misma historia que relataba. Aunque Hall se resistiera a hablar de su implicación en los Estudios Culturales de una forma patriarcal, es importante reconocer la tensión a la que de alguna manera u otra hay que enfrentarse en muchas de las formaciones académicas que en sus orígenes han sido patriarcales.

En otra ocasión, Hall (1996a, pág. 262) admitirá que el feminismo se había filtrado en el Centro, y para referirse a ese momento usará deliberadamente la metáfora de las ladronas que entraron de noche irrumpiendo sigilosamente. Este relato, casi policíaco, fue presentado por primera vez en la conferencia que pronunció en Illinois en 1990:

> «As the **thief in the night**, it **broke in**; **interrupted**, **made an unseemly noise**, seized the time, **crapped on the table** of Cultural Studies. The title of the volume in which this dawn-raid was first accomplished –*Women Take Issue*– is instructive: for they "took issue" in both senses –took over that year's book and initiated a quarrel. But I want to tell you something else about it. Because of the growing importance of feminist work and the early beginnings of the feminist movement outside in the very early 1970s, many of us in the Centre –mainly, of course, men– thought it was time there was good feminist work in Cultural Studies. And we indeed tried to buy it in, to import it, to attract good feminist scholars. As you might expect, many of the women in Cultural Studies weren't terribly interested in this benign project. We were opening the door to feminist studies, being good, transformed men. And yet, when it broke in through the window, every single unsuspected resistance rose to the surface –fully installed patriarchal power, which believed it had disavowed itself. There are no leaders here, we used to say; we are all graduate students and members of staff together, learning how to practice Cultural Studies. You can decide whatever you want to decide, etc. [...] Now that's where I really discovered about the gendered nature of power. Long, long after I was able to pronounce the words, I encountered the reality of Foucault's profound insight into the individual reciprocity of knowledge and power. Talking about giving up power is a radically different experience from being silenced. That is another way of thinking, and another metaphor for theory: the way feminism broke, and broke into, Cultural Studies.»

La evocación de esta escena –casi fílmica– que relata los silencios, tensiones, «robos» nocturnos, portazos, ruido y discusiones, le sirve a Hall no tanto como una forma de autojustificación de su papel en este reparto, sino como una estrategia intencionada que en cierto modo intenta poner sobre la mesa la materialidad y complejidad de las relaciones de poder que en esos momentos se estaban negociando en el Centro, es decir, los desacuerdos políticos y teóricos de todas aquellas personas que desde posiciones diferentes creían apasionadamente en lo que estaban haciendo. La estrategia narrativa que Hall inscribe en

esta historia sobre el momento de formación-irrupción feminista le permite cierto distanciamiento al ver a sus rivales teóricas como personajes fílmicos encarnados en unas ladronas; casi parece más bien un duelo entre vaqueros que luchan por sus terrenos...

Llamar *irrupción* a la entrada paulatina del feminismo en los Estudios Culturales implica una idea de interrupción y fractura de la paz del lugar así como del curso lineal de las cosas, de una perturbación de la progresión de la historia y el estado de las cosas, que no hace justicia a lo que realmente aportó el feminismo. Charlotte Brunsdon (1996, pág. 278) argumenta que incluso no había una única disputa sobre feminismo, ya que las personas implicadas en este debate no fueron constantes sino intermitentes. A medida que los debates se iban produciendo en los cursos de posgrado, las personas implicadas iban circulando y aportando debates, de modo que para tener una visión más territorial del feminismo como aportación al campo fue necesario un espacio más dilatado del tiempo. Algunas de las luchas de poder por las que se combatió en el Centro de Birmingham entre estos dos bandos fueron, por ejemplo, las diferencias de enfoque en el activismo político; las diferentes actitudes respecto a la cultura popular y las clases obreras (desde diferentes posiciones: romantizadas, paternalistas, emancipadoras, de celebración...); las diferencias de posicionamiento entre marxismo, psicoanálisis, estructuralismo, feminismo, antirracismo, etc.; las diferencias en los objetos de estudio abordados; la relación entre dominio público o privado; las subculturas juveniles de chicos o de chicas, etc.

Algunos nombres de mujeres que formaron parte de este momento constituyente de los Estudios Culturales, aparte de la renombrada **Angela McRobbie**, son **Charlotte Brunsdon**, **Dorothy Hobson**, **Lucy Bland**, Frank Mort, Chris Weedon... Entre sus aportaciones destacan:

- «**Images of Women**» **(1974).** Artículo escrito por Helen Butcher, Rosalind Coward, Marcella Evaristi, Jenny Garber, Rachel Harrison y Janice Winship.

- «**Girls and Subcultures**» **(1975).** Artículo publicado en *Working Papers in Cultural Studies, Resistance Through Rituals,* escrito por Jenny Garber y Angela McRobbie.

- ***Women Take Issue*** **(1978).** Libro que marca diferentes contestaciones al campo.

Arriba a la izquierda, Angela McRobbie. Arriba a la derecha, Charlotte Brunsdon. Abajo a la izquierda, Lucy Bland. Abajo a la derecha, Dorothy Hobson

La intervención del feminismo fue decisiva para la consecución de los Estudios Culturales, ya que reorganizó el campo en relación a una serie de cuestiones como:

- **La comprensión de lo personal como políticoy el consecuente cambio de objeto de estudio.** Esto trae consigo unas implicaciones teóricas y prácticas totalmente diferentes, como por ejemplo el trabajo de las artistas feministas en los años sesenta y setenta que partían de sus experiencias personales (maternidad, violaciones, violencia de género, menstruación…) para realizar sus obras (instalaciones, performances, pintura, escultura…).

- **La expansión de la noción de *poder*.** Si hasta el momento había girado alrededor del análisis sobre el dominio público, a partir de este momento se interesará por cuestiones más «micro» en relación con la vida cotidiana; las tensiones entre lo público y lo privado, entre lo individual y lo colectivo; el espacio doméstico; etc.

- **La centralidad de las cuestiones de género, corporalidad, sexualidad**, etc., que giran alrededor de la comprensión de las relaciones de poder.

- **La apertura al análisisde conceptualizaciones** que se habían olvidado **como laformación de la subjetividad y el sujeto**, y que van a problematizar las nociones de identidad más vinculadas a pautas de consumo.

En una entrevista que Stratton y Ang (1996, pág. 498) le hacen a Hall, este argumenta que:

> «That was the Centre's "pre-feminist" moment. At a certain point, Michael Green and myself decided to try and invite some feminists, working outside, to come to the Centre, in order to project the question of feminism into the Centre. So **the "traditional story"** that feminism originally erupted from *within* Cultural Studies **is not quite right**. We were very anxious to open that link, partly because we were both, at that time, living with feminists. We were working in Cultural Studies, but were in conversation with feminism. People inside Cultural Studies were becoming **sensitive to the gender question at that time, but not very sensitive to feminist politics**. Of course, what is true is that, as classical "new men", when feminism did actually emerge autonomously, we were taken up by surprise by the very thing we had tried –patriarchally– to initiate. Those things are just very unpredictable. Feminism then actually erupted into the Centre, on its own terms, in its own explosive way. But it wasn't the first time Cultural Studies thought of, or been aware of, feminist politics.»

Construir una narrativa conspiradora no hace justicia a las aportaciones que el feminismo hizo en los años setenta a la disciplina de los Estudios Culturales. Esta historia da para el análisis de las fantasías patriarcales que se filtraban en esos momentos, ya que muy pocas mujeres sobrevivieron a los programas de doctorado y posgrado del momento. En parte porque en ese periodo muy pocas personas decidían seguir con los estudios superiores. De todas las mujeres que habían cursado un doctorado en los setenta ninguna había finalizado los estudios de doctorado, quizás porque los temas escogidos eran el Estado, el dominio público, la clase trabajadora masculina... a lo que hay que añadir que ninguna de ellas fue contratada para impartir docencia. Aunque se considere Hazel Downing como la primera mujer en completar los estudios en la Escuela de Birmingham en 1981, lo cierto es que en 1977 se graduó Margaret Marshment (coincidiendo con el periodo del Women's Studies Group), pero no se tiene más constancia de mujeres graduadas durante los setenta, aunque cabe decir que también fueron pocos los hombres que finalizaron doctorados en ese periodo. Esto es muy ilustrativo sobre las perspectivas que muchas de las mujeres tenían respecto a la continuidad que les podía ofrecer una formación en el Centro. El problema de la reconstrucción de la historia de las mujeres que se graduaron viene porque hasta 1984 no se computarizó el registro, por lo que de la época anterior solo permaneció el archivo de la gente graduada que había terminado el doctorado. Además, el cambio de sede de la Facultad de Artes a la Facultad de Ciencias Sociales en 1987 significó un cambio administrativo que provocó que en el traslado se perdieran muchos de los trabajos y artículos, incluso un primer borrador pendiente de publicación titulado *Cure for Marriage*, que contenía análisis sobre las revistas destinadas a mujeres desde una perspectiva de género. No deja de ser simbólico y significativo que un momento importante en la historia de la formación de los Estudios Culturales, que coincide con las aportaciones de las alumnas de posgrado desde una perspectiva de género, se borre y desaparezca una vez más de la memoria institucional.

Women's Studies Group

Agrupación que empezó en octubre de 1974 en el CCCS. Fue el núcleo que más tarde constituiría el Journal Group que editaría la publicación *Women Take Issue* en 1978. El

mismo año en el que yo nací, 1976, surgió de este mismo grupo la propuesta de formar un grupo de estudios solo de mujeres, una propuesta que fue muy discutida y contrariada en el Centro de Birmingham. Este grupo estaba estrechamente afiliado con el Movimiento de Liberación de las Mujeres, del que ahora reconocemos la aportación de las políticas identitarias entorno a la lucha y visibilidad de las mujeres. Significó un intento de transformar la teoría marxista al interesarse por cuestiones de reproducción y producción cultural. Para ello subrayaron la importancia y necesidad de centrarse en las dimensiones personales de la cultura, teniendo en cuenta el marco de análisis político del feminismo y el giro de los intereses que se basaban en la ideología y la hegemonía hacia cuestiones más vinculadas con la identidad, la subjetividad y la formación de la sexualidad: el análisis de las narrativas románticas en los culebrones, la educación sentimental, las representaciones culturales del sida, etc.

A finales de 1970, Hall decide dejar el CCCS y se va a la Open University. La crisis interna en el máster, así como los problemas y las tensiones con sus compañeras, hicieron determinar la partida de Hall.

«If I had been opposed to feminism, that would have been a different thing, but I was for it. So, being targeted as "the **enemy**", as the **senior patriarchal figure**, placed me in impossibly contradictory position. Of course, they had to do it. They were absolutely right to do it. They had to shut me up; that was what the feminist political agenda was all about. If I had been shut up by the right, that was ok, we would all have **struggled to the death** against that. But I couldn't **fight** my feminist students. Another way of thinking about that contradiction is as a contradiction between theory and practice. You can be for a practice, but that's a very different thing from a living feminist in front of you, saying "let us get Raymond Williams out of the MA programme, and put Julia Kristeva in, instead". Living the politics is different from being abstractly in favour of it. I was checkmated by feminists. [...] It wasn't a personal thing. I'm very close to many of the feminists of that period. It was a structural thing. I couldn't any longer do any useful work, from that position. It was time to go.»

Hall (1996a, pág. 262)

3. La institucionalización e internacionalización de los Estudios Culturales

Naturalmente, todas estas preocupaciones alrededor del estudio de una sociedad mediática y de consumo no son únicamente una cuestión británica, sino transnacional y de repercusiones globales. Según Stratton y Ang (1996, pág. 373), esta narrativa de expansión del Centro de Birmingham puede llevar a una idea casi colonialista de la narración histórica de la internacionalización de los Estudios Culturales, así como a una especie de visión de un frente original a una serie de copias de posteriores reapropiaciones, como la americana. Este tipo de posturas acaban invisibilizando otras genealogías simultáneas y periféricas como sería el caso, por ejemplo, de la australiana o la canadiense.

> «I don't know what to say about American Cultural Studies, I am completely dumbfounded by it. I think of the struggles to get Cultural Studies into the institution in the British context, to squeeze three or four jobs for anybody under some heavy guise, compared with the rapid institutionalization which is going on in the US. The comparison is not only valid for Cultural Studies. If you think of the important work which has been done in feminist history or theory in Britain and ask how many of those women have ever had full-time academic jobs in their lives or are likely to, you get a sense of what marginality is really about. So the enormous explosion of Cultural Studies in the US, its rapid professionalization and institutionalization, is not a moment which any of us who tried to set up a marginalized Centre in a university like Birmingham could, in any simple way, regret. [...] So I simply want you to know that my own feeling is that the explosion of Cultural Studies along with other forms of critical theory in the academy represents a moment of extraordinarily profound danger. Why? Well, it would be excessively vulgar to talk about such things as how many jobs there are, how much money there is around, and how much pressure that puts on people to do what they think of as critical political work and intellectual work of a critical kind, while also looking over their shoulders at the promotions stakes and the publication stakes, and so on. Let me instead return to the point that I made before: my astonishment at what I called the theoretical fluency of Cultural Studies in the US.»
>
> Hall (1996a, págs. 273-274)

El miedo a la despolitización de los Estudios Culturales que Hall hizo explícita, junto con otras teóricas como la feminista Angela McRobbie, que acusó de «excursiones textuales y literarias» a algunos estudios norteamericanos según ella por perder el sentido de urgencia política, son cuestiones importantes que quizás hoy vuelven a estar vigentes en un momento de globalización posfordista, donde todo deviene capital cultural y lo político se rige por maximizaciones económicas. Algunas críticas surgen del mismo seno interno de los Estudios Culturales, preocupados por la rápida propagación que tuvieron en la academia americana y la preocupación por la posible despolitización que pudiera producirse en el sistema académico mercantilista americano.

Pero las críticas también se sucedieron en el Centro británico, cuando las feministas denunciaron el olvido e invisibilidad de su presencia, sus objetos de estudio, sus agendas y análisis e intereses que, en general, tuvieron poco reconocimiento en un primer momento. El estudio de las prácticas subculturales de las chicas, así como el análisis de las revistas de mujeres o de los culebrones,

tuvieron un menor atractivo que los «exóticos» y vistosos estudios de las subculturas masculinas como los mods, los rockers... Paradójicamente, muchas teóricas norteamericanas afiliadas a los Estudios Culturales como Elizabeth Long (1996) o Sarah Franklin, Celia Lury y Jackie Stacey (1996) no lo veían así, ya que argumentaban que la tradición académica feminista americana había estado siempre en contacto con los movimientos sociales de oposición más allá de las categorías académicas de dominación y subordinación como conceptos puramente teóricos.

La película británica *Quadrophenia* (1979), dirigida por Franc Roddam, está basada en la ópera rock de 1973 con música compuesta por *The Who*. Retrata con bastante acierto la Gran Bretaña protopunk de la época pre-Tatcher y el narcicismo de la juventud británica acrecentado por el consumo de anfetaminas durante la década de los sesenta. También muestra las continuas batallas entre mods y rockers que se sucedieron en diversas localidades a lo largo del verano de 1964. El film refleja lo que, entre otras cosas, separa estas dos subculturas: la música que consumen (música mod o *rock 'n' roll*), el medio de transporte (la escúter Vespa Lambretta plagada de espejos retrovisores en el caso de los mods o las motocicletas de gran cilindrada en los rockers) y el estilo en el vestir (trajes impecables en los mods, pero no caros, puesto que estos jóvenes procedían de clase trabajadora de extrarradio, o cuero en el caso de los rockers).

Es importante señalar que, hasta los años noventa, la institucionalización de los Estudios Culturales se ha ido haciendo desde espacios y situaciones siempre precarias, muchas veces sin departamentos específicos y sin profesores contratados propios, con poca infraestructura académica y de investigación… pues han ocupado pequeñas áreas dentro de un programa de estudios más tradicional. A pesar de la fuerte resistencia que se les ha presentado desde las disciplinas tradicionales, los Estudios Culturales se han empezado a institucionalizar como especialidades dentro de programas existentes. Por otra parte, hay que sumarle las duras críticas que los Estudios Culturales británicos han lanzado específicamente a los Estudios Culturales americanos, por lo que, en este caso particular, la guerra por el canon no vino dada por dos disciplinas diferentes que se enfrentaron en un duelo para ver cuál era más legítima, es decir, entre una disciplina «vieja» y otra «nueva», sino que vino desde dentro de la propia disciplina.

La corriente inglesa acusó a la americana de ser apolítica, una mera moda surgida por la necesidad de novedad del modelo académico neoliberal en Estados Unidos por su enfoque no marxista y por centrarse más en los textos culturales de las industrias culturales: cine, cómic, música... En cierto modo, esta crítica podría deberse a una cierta nostalgia por el papel de la Izquierda en la lucha contra el poder, en la que la identidad del intelectual se reivindica como la del que debe generar un saber resistente, político, crítico y contrahegemónico. El problema con la versión americana de los Estudios Culturales es que su situación institucional no permite nombrar ningún movimiento político fuera de la universidad que se afilie a los Estudios Culturales. Pero esta afirmación implica partir de una preconcepción que dota de poco margen de actuación a los diferentes individuos que constituyen el campo. Evidentemente habrá quien también trabaje al margen de su labor académica, como es el caso del teórico de Estudios Visuales Douglas Crimp, afiliado al movimiento activista entorno al sida ACT UP.

La cuestión de lo político es importante para el proyecto de Estudios Culturales con sus raíces en el marxismo, el enfoque en problemas de clase social y raza de Birmingham, la crítica del proyecto de la ilustración y la modernidad europea, la interrogación poscolonial... Desde esta óptica, el análisis de la cultura está vinculado con la problematización de las categorías que las ciencias sociales tradicionales concebían como sólidas (la nación, la clase, la adscripción política e ideológica, etc.) y que hoy suelen reemplazarse por otras que se encuentran en permanente proceso de redefinición (el multiculturalismo, el género, la elección sexual, la etnia, etc.). Por otra parte, los Estudios Culturales también se refieren a lo real como una textualidad, es decir, conciben la realidad como un vínculo complejo entre las prácticas sociales, políticas e ideológicas, por un lado, y los juegos del lenguaje mediados por textos, imágenes, artefactos, etc., por otro.

Al articularse como programa universitario en Estados Unidos, los Estudios Culturales no pueden exigirles a los estudiantes ninguna perspectiva política en particular. Asimismo, para que una propuesta para un nuevo programa en EE. UU. sea aprobada en los diversos niveles burocráticos por los que tiene que pasar, es imposible que se defina en términos explícitamente izquierdistas, mucho menos marxistas. De ahí viene la fuerte crítica que se ha pronunciado a la tendencia apolítica y hasta frívola de los Estudios Culturales en Estados Unidos, así como también por su tendencia textualista y su filiación más afín a las Humanidades que a las Ciencias Sociales.

McKee (2007, pág. 102) rastrea casos particulares de programas de estudio de Estudios Culturales como el de la Universidad de California en Davis, fundado en 1999 y uno de los primeros programas de doctorado en Estudios Culturales en Estados Unidos; el de la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá, con una orientación más hacia las Ciencias Sociales que las Humanidades; así como otras soluciones adoptadas en otros países como en Venezuela, donde Daniel Mato ha rechazado los Estudios Culturales estadounidenses y ha llamado

Globalización, cultura y transformaciones sociales (ahora Cultura, comunicación y transformaciones sociales) a su programa en la Universidad Central de Venezuela. El principal problema que ve McKee (2007, pág. 106) en estos Estudios Culturales internacionalizados es el papel de la cultura:

> «Un buen programa de posgrado a lo mejor presenta algunas definiciones de la cultura, unas teorías útiles para el estudio de la cultura y hasta unas metodologías prácticas para la investigación de temas culturales. Pero la cultura en sí no se estudia de forma estructurada. Este problema se hace muy evidente, por ejemplo, en el campo de los Estudios Culturales latinoamericanos en Estados Unidos. Los que se preparan para ser especialistas en este campo estudian lo que ya se ha mencionado: definiciones y teorías de la cultura e historias y metodologías de los estudios culturales. Pero no existe un programa sistemático para estudiar la cultura. Así que se da por sentado que un experto, por ejemplo, en Bolivia, conozca las obras, las tendencias, las figuras, los géneros, los debates fundamentales de la historia cultural boliviana. Yo, por ejemplo, me considero un experto en la cultura mexicana, pero me di cuenta que tanto mi formación como la de mis estudiantes de posgrado se limita en términos de artefactos concretos al canon literario, el que ya tiene desde hace generaciones su espacio institucional. No me fue difícil *autoenseñarme* la historia del cine mexicano, o de la pintura, por ser también géneros que ocupan espacios académicos más o menos establecidos. Pero cuando llega el momento de tener que enseñar música popular, o expresión indígena, tradiciones artesanales, retablos, danza folklórica, festivales regionales, leyendas fronterizas, cultura afromexicana, comida, etcétera, difícilmente se encuentran fuentes que contextualicen bien las genealogías y procesos de producción, diseminación y consumo de todas estas categorías de producción cultural.»

Muchos de estos programas interdisciplinares, enfocados a Estudios Chicanos (Chabram-Dernersesian, 2006), Estudios Africanos y Afroamericanos, Estudios Asiático-Americanos, Estudios Americanos, Estudios Indígenas, Estudios de Género, etc., emergen fruto de los movimientos sociales de los derechos civiles y las políticas identitarias de las décadas de los años sesenta, setenta, ochenta, y se fundaron para servir casi exclusivamente a la población de estudiantes de licenciatura de segunda generación que accedían a la universidad los chicanos, los indígenas, los afroamericanos, entre otros, inmigrados a Estados Unidos. McKee (2007, págs. 102, 107) es crítico con el aspecto político de esta versión idiosincrásica de los Estudios Culturales, ya que considera que se trata de una política liberal de la identidad (etnicidad, género, sexualidad) y de identidad nacional muy faltada de un transnacionalismo que llevaría a una participación más marcada de latinoamericanistas o de especialistas en los estudios francófonos del Caribe o de África, de subalternistas expertos en los países árabes y las culturas musulmanas, Asia meridional o, incluso, de especialistas en la Europa central y oriental.

Además de este enfoque excesivamente norteamericano, la formación en los Estudios Culturales se dedica casi exclusivamente a la teoría y la interpretación de ciertas obras de moda de literatura, cine, performance, o de géneros menos convencionales aunque bien situados en relación con los debates críticos y las modas intelectuales del momento. Y tampoco se estudia cómo funciona la cultura con relación a cuestiones de gestión, producción técnica y diseminación, así como las diferencias enormes entre las prácticas más comerciales y las subvencionadas por el Estado, o las que se producen desde los movimientos sociales y las que forman parte de la vida cotidiana, entre otras.

«Aunque se admire mucho la obra de tales investigadores como George Yúdice o Tony Bennett sobre la cultura en su papel de recurso social, económico y político, el aspecto práctico de su enfoque –la administración de la cultura, el negocio de la cultura– se pierde en la pedagogía de los estudios culturales, la que casi nunca se aproxima a cuestiones práctico-económicas al obsesionarse tanto con la ideología, la semiótica, la representación, la política de identidad. No existe en Estados Unidos el equivalente del Key Centre for Cultural and Media Policy de Griffith University de Australia que entrena tanto a críticos como a productores y gestores de la cultura y otros trabajadores del sector cultural. […] Quiero decir que los estudios culturales han asumido el lugar de lo que se llamaba en otro momento en Estados Unidos la *teoría crítica*, pero el nuevo énfasis que los estudios culturales proporcionan a la investigación sobre la producción cultural, ampliamente definida, se mantiene allí al nivel de teoría de crítica cultural, sin tomar en cuenta que para llevar a cabo una crítica eficaz, es imprescindible también un conocimiento amplio y profundo de la cultura en sí –como artefacto histórico u obra de arte, como proceso de comunicación, como bien o producto comercial, como patrimonio y recurso nacional, como arma de lucha simbólica–, y es indispensable también un entrenamiento en los fundamentos de su gestión.»

McKee (2007, pág. 106)

4. El interés por las prácticas de recepción y consumo subversivas de los Estudios Culturales

Como ya se ha venido diciendo, los Estudios Culturales nacen de un rechazo a las jerarquías académicas y los objetos de estudio tradicionales, por lo que tomarán en consideración una gran diversidad de productos culturales consumidos por las clases populares: publicidad, cómics, programas de distracción, modas en el vestir, revistas juveniles, música y baile, historias de ficción, revistas eróticas, cultura de club. Esta apuesta implicará privilegiar unos métodos de investigación capaces de dar cuenta de aspectos concretos sobre la vida diaria, lo que retomará la etnografía, la historia oral, la búsqueda de escritos y documentos que permiten aproximarnos a lo popular (archivos judiciales, parroquiales…) y no solamente desde el relato de los poderosos.

Los intereses de los Estudios de Cultura Visual, de los Estudios de Performance y de los Estudios Culturales no residen únicamente en los textos culturales *per se*, sino en la capacidad de incidencia en el mundo que las prácticas discursivas y las representaciones iconográficas tienen, es decir, de la capacidad performativa de producir realidad, por ejemplo, en las imágenes, ya sea en el cine o en el arte, y de los modos en los que estas prácticas participan en y constituyen las vidas de las personas, sea a través de un texto, un discurso, una sentencia, una imagen o una performance. Podríamos poner muchos ejemplos sobre cómo el imaginario de las muñecas Barbie ha afectado a una generación de mujeres sobre su percepción de lo que es un cuerpo bello; o sobre cómo las películas de Rambo han presentado la figura del héroe y el patriotismo americano, con la identificación de una masculinidad hipermusculada o la construcción del imaginario del malo que ha ido variando según la geopolítica americana (Vietnam, Irak…); o sobre la perpetuación de la iconografía del desnudo femenino en las representaciones artísticas clásicas, que objetualizan el cuerpo e interpelan una mirada sobre el deseo heterocentrada y masculina; etc. Todos estos imaginarios, más que representar la realidad la constituyen en términos ideológicos y, en nuestro rol como críticos, investigadores y productores de imágenes y textos culturales, nos corresponde preguntarnos: ¿Qué tipo de discursos y representaciones estoy viendo y poniendo sobre la mesa? ¿Qué estoy diciendo en mi obra de arte o mi documental?

En este sentido, las aportaciones de los Estudios Visuales, los Estudios Culturales y los Estudios de Performance han girado en torno a tres cuestiones:

- La combinación entre la investigación y el compromiso político.

- Su rechazo de los marcos disciplinares tradicionales. El quiebre de fronteras entre el análisis literario, la sociología, la etnografía o el análisis de los medios de comunicación ha generado una fecunda interdisciplinariedad.

- La renovación de los objetos y los interrogantes de investigación. La cultura deja de ser un objeto de culto o erudición para ser analizada en relación con el poder.

En la medida en que la cultura es pensada desde esta problemática del poder, emergen también una serie de cuestiones importantes:

- **La noción de *ideología*.** Forma parte del legado marxista del que la mayoría de teóricos afines a los Estudios Culturales parten y abre una serie de dilemas de investigación: ¿En qué medida los sistemas de valores y las representaciones incentivan los procesos de resistencia o de aceptación del *statu quo*? ¿Cuáles son los discursos y símbolos que propician la toma de conciencia de los grupos populares sobre su identidad o aquellos que propician la alienación y aceptación de las ideas dominantes?

- **La cuestión de la hegemonía.** Fue formulada por el teórico marxista Antonio Gramsci en los años treinta. Gramsci entiende el papel de las ideas y de las creencias como formas de alianza entre grupos sociales, y la hegemonía como una construcción del poder para la sujeción de los dominados a los valores del orden social. El teórico Dick Hebdige se interesó por esta ambivalencia cuando observó que las subculturas no son ni una simple afirmación ni un rechazo, ni una explotación comercial ni una revuelta auténtica, es decir, que se ponen en juego, a la vez, una voluntad de independencia, insubordinación y resistencia, alteridad, intención de cambio, rechazo del anonimato y estatus subordinado…

- **La problemática de la identidad**. A medida que proliferan los trabajos de investigación irán emergiendo también nuevas variables en torno a la noción de identidad: generación, género, etnicidad, sexualidad, religión, etc., y se irá prestando una mayor atención a la manera según la cual los individuos estructuran subjetivamente su identidad.

Aportaciones destacadas

En *The Uses of Literacy* (1957), Richard Hoggart trató de estudiar las nuevas formas de *literacy,* es decir, las competencias escolares y culturales, las relaciones entre las generaciones, las formas identitarias y las subculturas específicas que crean los jóvenes de los barrios populares.

En *Encoding/Decoding* ['*Codificación-decodificación*'] (1973), Stuart Hall argumentará que la noción de *decodificación* invita a considerar que los receptores tienen referencias culturales determinadas y que ver y oír un mismo programa no implica una misma interpretación y comprensión.

En un enfoque etnográfico de gran densidad, *Learning to Labor*, Paul Willis (1977) se centrará en la tensión en la escuela, entre el comportamiento rebelde de los llamados *tíos* y el comportamiento de sumisión de los *pelotas* respecto al sistema educativo. Los *tíos* expresan en la escuela un estilo rebelde, una masculinidad agresiva y un rechazo del compromiso con los valores intelectuales y la docilidad requerida por la institución; se resisten ante tales intentos socializadores y reivindican unos valores obreros. Willis comentó que esta resistencia podrá acarrear un cierre de puertas ante la posible de ascenso y movilidad social ofrecida por la escuela.

4.1. Elementos problemáticos y cuestiones críticas de los Estudios Culturales

Una de las críticas a estos primeros estudios es que a menudo se cayó en un excesivo romanticismo y exotismo social, como en los estudios de Dick Hebdige sobre la vida cotidiana de los punks o mods (1979). Numerosos textos se fijaron en la manera según la cual las instituciones (iglesias, medios de comunicación…) intervinieron en las subculturas para estigmatizarlas como indeseables, un síntoma de la crisis de la juventud y de la autoridad que el análisis de las subculturas pretendía comprender para dilucidar lo que realmente estaba en juego políticamente: ¿Se trataba de resistir a través de unos rituales? ¿Se le podría dar realmente un valor subversivo? ¿Se podría afirmar que estas prácticas suponían una crítica a los valores instituidos o más bien eran acciones sin consecuencias autorizadas por el capitalismo?

Otra de las críticas tiene que ver con las aproximaciones conceptuales y metodológicas de sus investigadores, pues al provenir muchos de ellos de las humanidades, su bagaje sociológico ha sido limitado. A pesar de referirse a la Escuela de Chicago y a prácticas etnográficas, no estaban muy familiarizados con las metodologías procedentes de la sociología, ni con la aproximación al materialismo cultural, que integra la producción y la circulación de los bienes culturales en determinados contextos históricos y económicos, lo que quizás les condujo algunas veces a análisis un tanto «populistas» al expresar su atrac-

ción y fascinación por las prácticas de las clases populares, así como una excesiva confianza en la etiqueta de «resistencia» ante prácticas que interpretaron como espacios de autonomía y cuestionamiento de las relaciones sociales.

Otra cuestión importante a objetar tiene que ver con el género, bastante invisible en los primeros estudios, pues los comportamientos analizados sobre subculturas casi siempre eran masculinos y centrados en el espacio público. Fue más adelante cuando el grupo de mujeres que formaron parte de la Escuela de Birmingham, entre ellas Charlotte Brunsdon y Dorothy Hobson, publicarían el libro *Women Take Issue* (Women's Studies Group / CCCS, 1978) con el fin de poner sobre la mesa los estudios sobre las diferencias de consumo y de valoración entre los hombres y las mujeres respecto a la televisión y los bienes culturales. Conectado con esta crítica, también los trabajos iniciales de Hebdige se centraron en otra variable discriminada, la de las comunidades inmigrantes y la cuestión del racismo, como en *The Empire Strikes Back* (CCCS, 1982), o en los trabajos de Stuart Hall o Paul Golroy, ambos de procedencia inmigrada. Precisamente, con la emergencia de programas académicos interdisciplinares como los Estudios Latinos (*Latino Studies*), se están abordando las problemáticas vinculadas a las relaciones políticas, poscoloniales, económicas, etc., de las comunidades latinas que residen en Estados Unidos, pero también de las que viven en los países de América Latina. Cuestiones como los procesos de transculturación; las identidades diaspóricas y mestizas; las influencias culturales, lingüísticas y tradicionales de las comunidades latinas en Estados Unidos, etc. forman parte de las agendas de interés de los *Latino Studies* y los *Chicano Cultural Studies*.

Lecturas recomendadas sobre Estudios Latinos

Angie Chabram-Dernersesian (ed.) (2006). *The Chicana/o Studies Reader*. Londres / Nueva York: Routledge.

Antonia Darder (1997). *Latinos and Education: A Critical Reader.* Londres / Nueva York: Routledge

Antonia Darder; Rodolfo Torres (eds.) (1998). *The Latino Studies Reader: Culture, Economy and Society.* San Francisco: Wiley-Blackwell.

Richard Delgado (1998). *The Latino/a Condition: A Critical Reader.* Nueva York: New York Press.

5. Identidad, subjetividad y políticas posidentitarias

Una de las preocupaciones que ha suscitado más debates y producción textual en las ciencias sociales en los últimos treinta años ha sido la cuestión de la construcción del sujeto y el intento de situar las nociones de identidad y subjetividad en las recientes discusiones teóricas. Vivimos tiempos en los que hay una obsesiva preocupación por la cuestión de la identidad: como concepto, está siendo replanteado y cuestionado por múltiples y complejos debates entre la concepción esencialista y la visión construccionista, así como por las comunidades minoritarias que cuestionan la operatividad de esta noción por las relaciones de poder que media. Asimismo, a nivel cotidiano, se está popularizando como una forma de entender nuestras prácticas diarias vinculadas a procesos de identificación, representación, afiliación y prácticas de consumo. Algunos autores como Gergen (1992) y Hall (1997) hablan de una crisis de la noción de identidad entendida como una crisis de identidad a nivel global, local, personal y político. Esta crisis hay que situarla en la coyuntura de los «nuevos movimientos sociales» que están cuestionando las nociones de identidad fija de raza, clase, género y sexualidad. Estos cambios en la concepción de una configuración más fluida de la identidad se deben, entre otras cosas, al cuestionamiento de las representaciones tradicionales del sujeto ilustrado; a los cambios políticos y económicos; a las aportaciones de los movimientos políticos de la diferencia (estudios feministas, de gais y lesbianas, poscoloniales...), que han provocado una crisis en la comprensión de categorías fijas como mujer, hombre, negro, etc.; a la fuerte mediación de los artefactos de consumo y las industrias culturales; a los constantes flujos migratorios; a la tecnologización de la comunicación, etc.

Lecturas recomendadas

Para saber más sobre la cuestión de la identidad se puede consultar Gergen (1992), Hall (1997) y Woodward (1997). Por otro lado, para tener más detalles sobre prácticas de consumo se puede ver Featherstone (1991), Lash (1991) o Terence Turner (en Csordas, 2000).

El construccionismo

El construccionismo social busca explicar cómo las personas llegan a describir, explicar o dar cuenta del mundo donde viven. Para ello, autores como Kenneth Gergen o Vivien Burr parten de diversas premisas:

- Lo que consideramos conocimiento del mundo no es producto de la inducción o de unas hipótesis universales e inmutables como pensaba el positivismo, sino que está determinado por la cultura, la historia o el contexto social. Por ejemplo, expresiones como «llorar como una nena», «no seas gitano», etc. están definidas desde un uso social de concepciones sobre la feminidad y la etnia.

- Los términos con los cuales comprendemos el mundo son artefactos sociales, productos de intercambios entre la gente, históricamente situados. El proceso de entenderlos no es dirigido automáticamente, sino que resulta de una tarea activa y cooperativa de personas en relación y comunicación, de negociación de estos términos. Por ejemplo, la noción de *infancia* o *adolescencia* no ha sido siempre la misma y varía en su sentido según la época histórica e incluso según etnias y culturas.

- El grado en el que una forma dada de comprensión prevalece sobre otra no depende de su validez empírica, sino de los procesos sociales y de las relaciones de poder. Por ejemplo, interpretar que vestir una minifalda es provocar sexualmente a un varón puede ser sugerida, afirmada o abandonada conforme las relaciones sociales se desa-

rrollan en el tiempo y las percepciones sobre masculinidad y feminidad varían social y culturalmente.

- Las formas de comprensión negociadas están conectadas con otras muchas actividades sociales y, de este modo, forman parte de varios modelos sociales que sirven para sostener y apoyar ciertos modelos, y excluir otros. De aquí la voluntad militante de las «minorías» que se han sentido en esta parte excluida y basan su trabajo político en la alteración de las descripciones y explicaciones hegemónicas.

Para saber más, véase Vivien Burr (1995). *Introducción al construccionismo social*. Madrid: Proa.

Terence Turner (en Csordas, 2000, pág. 13) apunta que esta crisis de la subjetividad en la teoría social se debe al predominio de las teorías posestructuralistas que entienden el cuerpo como un objeto pasivo, discursivo y representacional, para la representación ideológica. Ello significa que las identidades pasaron a ser consideradas como una herramienta política, es decir, que como individuos podemos reivindicar determinados derechos sociales. El dilema está en el momento en que esas ideas y categorías de reivindicación, como serían «mujer», «negro», «gay», «mestizo», etc., son demasiado homogeneizadoras y no todas las mujeres, negros o gais se identifican con ellas. En ese momento esa identidad empieza también a percibirse como opresora para muchas personas. Son categorías basadas en ideales y construcciones culturales que poco tienen que ver muchas veces con las experiencias encarnadas y contextualizadas de las personas. En ese sentido, el concepto de *subjetividad* apareció como una opción más fluida, híbrida, que se resiste a ser fija y universal, y que atiende a las experiencias individuales y concretas. Por ejemplo, se puede ser mujer transexual, mujer chicana, mujer latina, mujer lesbiana…

Para Turner, el cuerpo en las sociedades capitalistas contemporáneas es un lugar tanto de desigualdad social como de empoderamiento, por eso recupera el concepto de *agencia encarnada*. Al mismo tiempo, también comenta que la expansión de la libertad social y cultural para crearse la propia identidad ha minado las tradicionales formas de control patriarcales, sexuales, políticas y económicas, lo que ha generado nuevas formas de emancipación político-personales, aunque, paradójicamente, muchas veces esta transformación política de la identidad acaba siendo reabsorbida como un proceso estético vinculado a prácticas de consumo. Por otra parte, McNay (2000, pág. 59) apunta que los efectos emancipatorios de algunas identidades subalternas se han de considerar dentro del contexto de las subculturas y las estructuras de consumismo que juegan un papel importante en su creación, su recuperación, su despolitización y su absorción de estilos de vida, como por ejemplo el capital rosa, la cultura punk, la música afrocaribeña, el hip hop, el reguetón…

El término *agencia*

En el ámbito de la filosofía y la sociología, el término *agencia* se refiere a la capacidad que poseen las personas de actuar en el mundo en relación y negociación con las estructuras sociales dominantes. Para los movimientos minoritarios, este ha sido un concepto clave ligado con la noción de *identidad*, esto es, de qué modo ser mujer, ser indígena, ser negro, ser de clase obrera… En relación con las estructuras sociales desiguales y opresoras de estas identidades, da un margen de acción en el mundo y en cómo generar reivindicaciones políticas y críticas para el cambio social de estas estructuras que coartan la agencia.

Tal y como señalan autores como Giddens (1997) y Gee (2001), las identidades individuales propias se conciben como «proyectos de vida» en lugar de aceptar una única y determinada posición fija, tal y como se había entendido tradicionalmente. Eso no significa que ese proyecto de vida sea único y genuino, totalmente libre, sino que depende de una negociación constante en relación con las interpelaciones sociales y culturales. Por ejemplo, si eres un hombre

nacido en Estados Unidos, de clase media y blanco, hay una serie de interpelaciones sobre la masculinidad y el éxito social en relación con el sueño americano, la sexualidad heterosexual, etc., presentes en los *mass media*, la cultura visual, la religión, etc. Según estos teóricos, las personas son autoras de sus propias identidades en el sentido de que dependen de un proceso dialógico de reconocimiento y reflexividad intersubjetiva con la subjetividad cambiante y en constante relación dialéctica con los demás, y en un intercambio de deseos y desidentificaciones. Frente a la posición modernista de una identidad fija y centrada son numerosas las críticas feministas que sitúan la construcción de la identidad como abierta y se refieren a una subjetividad nómada (Braidotti, 2000), cíborg (Haraway, 1991), multicentrada (Cheng, 2002), excéntrica (De Lauretis, 2000), descentrada (Jones, 1998).

Uno de los ejes clave para considerar la fracturación de las identidades contemporáneas conecta con lo geográfico y lo geopolítico, y especialmente con los recorridos migratorios, que abren nuevas formas de entender la construcción de las identidades en términos híbridos, fluidos, diaspóricos (Hall, 1997), transfronterizos (Gómez-Peña, 2005), mestizos (Anzaldúa, 1999), y con los tránsitos fluidos o no tan fluidos de las personas: explotación laboral, precariedad vital, residencia clandestina... Este énfasis es de vital importancia para las políticas identitarias minoritarias (teoría queer, gais y lesbianas, minorías étnicas, personas con «discapacidades»...) y sus estrategias de autorepresentación y autorepresentatividad (actos mediante los cuales los sujetos pueden producir «realidad») en aras de un empoderamiento en el espacio visual y discursivo, ya que abre espacios de enunciación y afectividad y no solo de representación. Sin embargo, autoras como Phelan (1993) nos alertan de la peligrosidad de los límites políticos de la visibilidad y de los supuestos implícitos entre visibilidad representativa y poder político.

«Las teorías críticas de reproducción cultural se han dedicado a evidenciar las "condiciones materiales y discursivas" que determinan y marcan las identidades sociales, raciales, sexuales y psíquicas, pero hay condiciones inmateriales de la construcción de las identidades que también son fundamentales, que no están marcadas y que nos marcan: son los procesos de creencias, la memoria, el deseo, el amor, el trauma, el dolor, los sueños, las fantasías...»

Phelan (1993, pág. 10)

Para Woodward (1997) y también Gee (2001), los términos *identidad* y *subjetividad* se usan a veces de un modo intercambiable. Para Woodward, la subjetividad incluye nuestro sentido del *self* ('persona') e implica los pensamientos conscientes e inconscientes, así como las emociones que constituyen nuestro sentido de «quiénes somos» y los sentimientos que emergen en las diferentes posiciones en la cultura. Experimentamos nuestra subjetividad en un contexto social donde el lenguaje y la cultura dan sentido a nuestra experiencia y

donde adoptamos una identidad. La subjetividad incluye las dimensiones inconscientes del *self*, que implican contradicción y cambio (Woodward, 1997, pág. 39).

Por otra parte, Michael O'Loughlin (2001) presenta una teoría de la subjetividad anclada en los procesos de identificación. Según el autor, nociones como *identidad individual* y *yo autónomo* serían problemáticas, puesto que postulan nociones del ser estáticas y esenciales basadas en la suposición de que podemos separarnos del mundo y definirnos independientemente de este, mientras que la noción de *subjetividad* es más apropiada porque es más dinámica, en un continuo proceso de llegar a ser que, según O'Loughlin (2001, pág. 49), está constituido por tres procesos interrelacionados:

- los factores intrapsíquicos en cada persona;
- los efectos de participación que cada persona adopta en diferentes grupos con determinados procesos de identificación y desidentificación;
- los efectos de las prácticas discursivas de la sociedad en el tipo de subjetividad que una persona en concreto adopta.

Dilema de las políticas de identidad

Por una parte, se encuentran las posiciones que celebran la singularidad del grupo como base de la solidaridad política, y que se podrían entender como cierta reivindicación «esencialista». Esta singularidad se podría reivindicar como una serie de características dadas biológicamente, como, por ejemplo, la reivindicación de grupos de mujeres sobre la maternidad como una experiencia inherente a la mujer, el feminismo de la diferencia..., o bien se podría basar en representaciones históricas, culturales y económicas del papel social de la mujer.

Por otra parte, algunos de los nuevos movimientos sociales han adoptado una posición no esencialista al hacer hincapié en el carácter fluido de las identidades, al reclamar el derecho a construir y tomar responsabilidades en la construcción de sus propias identidades y al construir una política de la diferencia basada no en una oposición negativa y de exclusión, sino en la diversidad y pluralidad, en una adaptación-acomodación y no en una mera confrontación.

Política de la diferencia

La política de la diferencia se ha utilizado tradicionalmente para nombrar a un conjunto de teorías basadas en la política de la identidad, asociada con reivindicaciones de justicia que claman por el reconocimiento de la diferencia cultural. En contextos de exclusión y marginalización social, que también afectan a cuestiones de identidad, se propone un sentido renovado del término *diferencia* atendiendo a la diferenciación social, para que los procesos, las estructuras y las instituciones democráticas sean efectivamente más inclusivas.

Si bien los movimientos feministas y homosexuales se articularon desde el pasado siglo en políticas de identidad, el activismo que emerge de la crisis del sida, de la denuncia de los protocolos intersexuales, de las revisiones queer a las categorías estables de sexo y género, de las políticas poscoloniales que problematizan las categorías de raza y la politización de la discapacidad, reclaman una revisión crítica y una redefinición colectiva de la noción de identidad como categoría política estable, y desbordan las teorías feministas de la igualdad, las políticas de identidad y de representación, ya que exigen nuevas

estrategias de acción que reconozcan la multiplicidad. En esta línea se pregunta Joshua Gamson (2002) si «¿deben autodestruirse los movimientos identitarios?» y plantea el debate sobre la crisis de las categorías políticas tradicionales como enclaves de lucha (bisexual, transexual, hombre, mujer, negro, mestizo, obrero…).

«Las prácticas queer hacen tambalear los cimientos sobre los que se han construido las políticas identitarias gays y lesbianas […]. Estas prácticas se basan en la dificultad fundamental de organización en torno a la identidad: la inestabilidad de las identidades, tanto individuales como colectivas, el carácter artificial aunque necesario de las mismas. Exageran y hacen estallar estos problemas, intentando construir aleatoriamente una política a partir de los despojos de categorías colectivas deconstruidas. Esta discusión y otros debates relacionados con la política lesbiana y gay no tratan sólo sobre el "contenido" de la identidad colectiva (¿quién tiene la definición válida de *gay*?), sino sobre la "viabilidad" cotidiana y la "utilidad" política de las identidades sexuales (¿acaso existe y debiera existir algo denominado "gay", "lesbiana", "hombre" o "mujer"?). […]

En este tipo de discusiones –que surgen también en otras comunidades– se pueden detectar dos impulsos políticos y dos formas de organización diferentes que están confrontados. La lógica y la utilidad política de una deconstrucción de las categorías colectivas compiten con la lógica de defenderlas. Ambas son ciertas, pero ninguna de las dos es totalmente sostenible. […]

Sin embargo, este impulso de construir una identidad colectiva con fronteras de grupo bien diferenciadas se ha enfrentado a una lógica directamente opuesta, contenida a menudo en el activismo queer (y la recientemente denominada "teoría queer"): disolver las categorías de identidad y desdibujar las fronteras de grupo. Esta dimensión alternativa, influida por el pensamiento académico "construccionista", sostiene que las identidades sexuales son productos históricos y sociales, en lugar de naturales e intrapsíquicos. Los binarismos producidos por la sociedad (homosexual/heterosexual, hombre/mujer) son la base de la opresión; las experiencias fluidas e inestables del yo se fijan al servicio del control social. Desmantelar esas categorías, rechazar en lugar de adoptar el estatuto de minoría étnica es la clave para la liberación. Según esta política "deconstruccionista"', las categorías colectivas puras constituyen un obstáculo para la resistencia y el cambio. […]

Las prácticas queer ponen de relieve un dilema que comparten muchos otros movimientos identitarios (raciales, étnicos y de género, por ejemplo): las categorías de identidad fijas son tanto la base de la opresión como del poder político. Esto suscita interrogantes para las estrategias políticas y, de manera especialmente relevante en este caso, para el análisis de los movimientos sociales. Si las identidades son mucho más inestables, fluidas y construidas de lo que los movimientos han asumido por norma general –es decir, si valoramos en serio el reto queer–, ¿qué ocurre con los movimientos sociales basados en la identidad tales como los defensores de los derechos de gays y lesbianas? ¿Acaso deberían autoeliminarse las luchas sociopolíticas articuladas por la identidad?»

Gamson (2002, págs. 141-144).

«El reto que plantean las prácticas queer no es sólo el cuestionamiento del contenido de las identidades colectivas, sino el cuestionamiento de la unidad, la estabilidad, la viabilidad y la utilidad política de las identidades sexuales –aun cuando éstas sean utilizadas y asumidas (*ibid*., pág. 154). […] Las prácticas queer inclusivas amenazan con convertir la identidad en un sinsentido, desbaratando la idea de que las identidades (hombre, mujer, gay, heterosexual) son fenómenos estables, naturales y básicos y, por lo tanto, un ámbito político sólido (*ibid*., pág. 158). […] Sin embargo, la teoría y la política queer tienden a pasar por alto la crítica de las fuerzas concretas y particulares que hacen de la identidad sexual, de forma estabilizada y binaria, la base de la disciplina, la regulación, el placer y el poder político. Con las prisas de deconstruir la identidad tienden a "caer en una visión de la identidad misma como fulcro de la dominación y de su subversión como centro de una política anti identitaria" (Seidman, 1993, pág.132); la política se vuelve abrumadoramente cultural, textual y vacía. Las estrategias deconstructivas permanecen bastante sordas y ciegas a las mismas formas institucionales concretas y violentas que, por lógica, combaten con la resistencia en y a través de una identidad colectiva particular. La amplia estrategia de la deconstrucción cultural, el ataque a la idea de lo normal afecta muy poco a las instituciones que hacen que la aceptación de la normalidad (o la construcción de un colectivo alrededor de la anormalidad invertida) sea sensata y a la vez peligrosa. […] No reflejan hasta qué punto cerrar las fronteras de grupo es una estrategia de supervivencia tan necesaria como reconfortante.»

Gamson (2002, pág. 161)

Este «giro performativo» de las nuevas interpretaciones y representaciones del género y la sexualidad en la teoría queer, tanto en el terreno político como en el estético, implica un giro teatral en la filosofía que será ampliamente desarrollado por la teórica Judith Butler, que revisa y desarrolla el trabajo de antropólogos y dramaturgos de los Estudios de Performance como Victor Turner y Richard Schechner y sus estudios sobre el ritual en el drama social y el teatro. Turner sugiere que la acción social requiere de una performance que es repetida, y que esta repetición es una reconstrucción y reexperiencia de un conjunto de significados ya socialmente establecidos, como por ejemplo la perpetuación de la heteronormatividad en el ritual social del matrimonio y en las palabras del cura «yo os declaro marido y mujer», o la perpetuación de los binarios de género en la pregunta a una mujer embarazada de «¿es niño o niña?». Como consecuencia, el género no se puede entender como un rol que expresa una identidad centrada, un *self* fijo, sino que es un «acto» construido y estilizado en el cuerpo que genera una ficción social de interioridad permanente, es decir, una ficción de esencia inamovible. Las teorías de performatividad están implicadas con estudios sobre el comportamiento (en Antropología), los actos de habla (Lingüística) y el construccionismo social (Sociología).

Si en Antropología se analiza cómo la performance puede contribuir a mantener un orden establecido (mediante ritos oficiales, por ejemplo) o también a parodiarlo, criticarlo y subvertirlo (mediante ritos liminales, manifestaciones políticas, carnavales...), en lingüística se otorgará importancia a la competencia comunicativa del habla y al contexto del acto performativo, es decir, a la capacidad que tienen las palabras no solo de describir la realidad, sino de crearla. Ambos marcos serán retomados por Judith Butler cuando dice que el «género es la repetición estilizada del cuerpo, un conjunto de actos repetidos en un marco estrictamente regulador que va cuajando a lo largo del tiempo para producir la apariencia y la sensación de algo natural, permanente» (1990, pág. 33), es decir, que el «género es una ficción cultural, un efecto performativo de actos reiterados. En consecuencia, no hay nada auténtico en el género, ninguna identidad centrada del género, ya que se constituye performativamente por las expresiones que se dice que son sus resultados» (1990, pág. 25). Para Butler, son las demandas de un imperativo heterosexual lo que fuerzan estas divisiones culturales entre hombre y mujer y propone la idea de performatividad de género «no como la expresión de lo que uno es sino de lo que uno hace» (1990, pág. 141).

Las aproximaciones posidentitarias queer abren nuevos interrogantes sobre cómo se negocian, se construyen y se estabilizan las identidades colectivas y para quién, cuándo y de qué manera son las identidades colectivas estables «necesarias» para la acción y el cambio social y político. En el centro del dilema se halla la coexistencia y tensión entre las cuestiones culturales de opresión (que hacen de la disolución de las categorías identitarias una estrategia inteligente, como el mercado neoliberal que ve con buenos ojos «nuevas etiquetas»

como lo «queer» y la «diversidad», pues son afines a los amplios nichos de mercado neoliberales de «sé quien quieras ser») y las fuentes institucionales de opresión (que hacen de la rigidez de las categorías una estrategia inteligente de identificación y pertinencia). Así pues, los movimientos políticos minoritarios se mueven entre esta dualidad de trabajar con estas categorías identitarias tradicionales al tiempo que las problematizan, lo que Spivak llamó un *esencialismo estratégico*.

6. Judith Halberstam: Estudios Culturales, Arte Contemporáneo, Cultura Visual y Teoría Queer

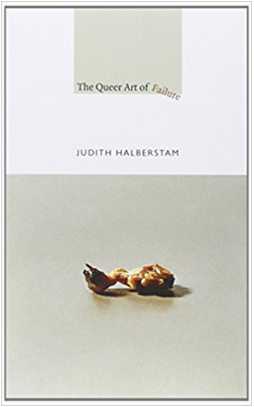
Para ir finalizando, me gustaría situar brevemente el trabajo de Jack Halberstam[1], especializado en Estudios Culturales, Teorías de Género y Queer y docente de Estudios Americanos y Etnicidad, Estudios de Género y Literatura Comparada en la Universidad del Sur de California. En concreto me referiré a una de sus publicaciones, la del 2011 titulada *The Queer Art of Failure* (*'El arte queer del fracaso'*), en la que trata de encontrar alternativas a las comprensiones heteronormativas y neoliberales del éxito, basadas en patrones masculinos del éxito que no encajan para otras personas (queer, mujeres, mestizos...) y que están presentes tanto en la sociedad capitalista como en la academia, los medios de comunicación. Halberstam propone una *low theory*, concepto que parte de los archivos excéntricos que le permiten cuestionar las ideas preconcebidas de éxito, fracaso, alta y baja cultura, cultura popular, arte queer...

(1)En las publicaciones anteriores al cambio de nombre, este filósofo consta como Judith Halberstam.

El concepto *low theory* es entendido en un sentido de accesibilidad y como un modelo teórico excéntrico, que toma prestado del teórico de Estudios Culturales Stuart Hall, y lo usa para quebrar las definiciones de *éxito* y *fracaso* en relación con una serie de estándares sociales, con el fin de reflexionar sobre ellos desde un modo más creativo de pensar y estar en el mundo. La *low theory* nos permite preguntarnos:

- ¿De qué modo participamos en la producción y circulación de los saberes subyugados?
- ¿Cómo evitamos formas «científicas» de saber que relegan otros modos de saber?
- ¿Cómo nos implicamos en un saber antidisciplinar?
- ¿De qué modo podemos investigar saberes contradictorios situados en los discursos normativos del fracaso, la estupidez, lo absurdo?

Estupidez entendida «no como una falta de conocimiento, sino sobre los límites de ciertas formas de saber y habitar estructuras de saber» (Halberstam, 2011, pág. 11).



Portada del libro *The Queer Art of Failure*

Principalmente, se centra en los «archivos» de las películas de dibujos animados infantiles como *Bob Esponja*, *Monstruos S. A.*, *Chicken Run. Evasión en la granja*, *Penguins*, *Robots*, *Toy Story*, *Bee Movie*, *Fantástico Sr. Fox* o *Buscando a Nemo*; o películas como *Pequeña Miss Sunshine* y la obra de artistas que exploran representaciones queer como Diane Arbus, Brassai, Monica Majoli, Judie Bamber o las españolas Cabello/Carceller. De todos estos ejemplos le interesa explorar las narrativas, así como los encuentros inesperados que generan las miradas queer, que atienden otras comprensiones del error y el fracaso más creativas y cooperativas.

Judith / Jack Halberstam

The Queer Art of Failure perturba las lógicas de éxito americanas que no tienen en cuenta las condiciones estructurales del «fracaso» (raza, clase, género…), así como las normas disciplinares sobre el comportamiento en las que recae el discurso de la responsabilidad personal del fracaso, y que separan la infancia de la adultez, los ganadores de los perdedores…, y que perpetúan la ideología del pensamiento positivo para obtener el éxito social. Halberstam reivindica el «fracaso» como un modo de vida, un modo de ser y de estar en el mundo, puesto que aquello que tradicionalmente se ha considerado como infantil e inmaduro, nos abre nuevas posibilidades para explorar alternativas transformadoras de vida, en conexión con lo que Foucault llamó el *conocimiento subyugado* a través de la cultura.

Para ello Halberstam se fija en las prácticas subculturales, las contraculturas, la cultura popular y la cultura visual infantil de Pixar, para vislumbrar alegorías de la resistencia, la revuelta y la utopía, como en *Chicken Run*, en la que la granja es una alegoría marxista de la resistencia en contra de la industrialización. Aunque Halberstam es consciente de las críticas que pueda tener sobre sus análisis de productos *mainstream* de la cultura visual infantil como puede ser Pixar, ahora reabsorbido por Disney, el máximo exponente en creación de imaginarios infantiles hegemónicos, le interesa generar miradas excéntricas y torcidas (miradas queer) de las narrativas y relatos de muchas de sus películas animadas. Esto se ha hecho también con otras producciones culturales, como una mirada en clave feminista de *Mary Poppins*, una mirada gay de *El Mago de Oz*, los rumores de la relación homoerótica de Epi y Blas (ahora confirmados), los del dúo cómico Laurel y Hardy (el Gordo y el Flaco), etc. En este análisis de la industria de la animación, Halberstam acuña el concepto de *Pixarvolt* (de Pixar + revuelta) para referirse a cómo hay un giro al cuerpo y a las narrativas entre lo queer, la lucha socialista, la cultura popular y lo biopolítico. Según la autora, estos films animados reconocen formas alternativas de corporización y deseo, entendido como resistencia a las formas de dominación corporativas, donde lo queer no se representa como una singularidad sino como parte de un ensamblaje de tecnologías de la resistencia que incluyen la colectividad, lo comunitario, la imaginación, la implicación, la sorpresa y el shock.

Ejemplos como *Toy Story* nos abren una mirada hacia los Nuevos Materialismos, donde los juguetes abren una compleja narrativa entre pasado y presente, infancia y adultez, vida y máquina, el mundo real y el mundo de la habitación. Por otra parte, la película *Pequeña Miss Sunshine* (2006, dirigida por Jonathan Dayton y Valerie Faris) muestra un viaje por carretera de una familia que acompaña a la niña Olive Hoover para que se presente a un concurso de belleza en California. Halbestam comenta cómo esta familia «disfuncional», con un abuelo obsesionado por las revistas porno, un hermano asocial que no se relaciona con nadie y solo lee a Nietzsche, un tío gay con tendencias suicidas, un padre que lo da todo para motivar a la familia y una madre desbordada y ama de casa, permite cuestionar las nociones de fracaso y éxito. Si bien está claro que Olive está predestinada al fracaso estrepitoso en el concurso de belleza, el film nos permite explorar las contradicciones de una sociedad obsesionada con la competitividad absurda y los modelos puritanos de sexualidad y moralidad, todo mientras suena de fondo durante la presentación de Olive en el concurso de belleza el tema *Super Freak*, un mensaje divertido y muy liberador. Halberstam cuenta cómo el guionista del film, Michael Arndt (que ganó el Óscar al mejor guion), se inspiró a partir de una frase que escuchó del gobernador de California Arnold Schwarzenegger: «si hay algo que detesto en este mundo son los perdedores» (Halberstam, 2011, pág. 5).

Carátula y fotogramas de la película Pequeña Miss Sunshine

El modo en como *Pixarvolt* imagina lo humano y lo no humano nos permite revisar las categorías tradicionales sobre las relaciones sociales, la corporización, el estatus de lo que se considera animal, lo humano, la alteridad, la sociabilidad, la biodiversidad animal y material, las nuevas concepciones sobre el cuerpo, la naturaleza a raíz de los avances tecnológicos como la clona-

ción, la mutación genética... que desplazan el antropocentrismo de nuestro pensamiento, así como las visiones de éxito basadas en un capitalismo de la abundancia y la competitividad tóxica.

Bibliografía

Anzaldúa, Gloria (1999). «La Frontera / Borderlands». En: G. Cano; R. Lozano; J. Moreno (2005). *Fugas subversivas. Reflexiones híbridas sobre las identidades* [exposición en la Sala Thesaurus. La Nau]. Valencia: Universidad de Valencia.

Braidotti, Rosi (2000). *Sujetos nómades: corporización y diferencia sexual en la teoría feminista contemporánea*. Barcelona: Paidós.

Brunsdon, Charlotte (1996). «A Thief in the Night: Stories of Feminism in the 1970s at CCCS». En: David Morley; Kuan-Hsing Chen (ed.) (1996). *Stuart Hall, Critical Dialogues in Cultural Studies*. Londres / Nueva York: Routledge.

Butler, Judith (1990). *Gender Trouble. Feminism and the Subversion of Identity*. Londres / Nueva York: Routledge.

Cano, G.; Lozano, R.; Moreno, J. (2005). *Fugas subversivas. Reflexiones híbridas sobre las identidades* [exposición en la Sala Thesaurus. La Nau]. Valencia: Universidad de Valencia.

Chabram-Dernersesian, Angie (ed.) (2006). *The Chicana/o Cultural Studies Reader*. Londres / Nueva York: Routledge.

Cheng, Meiling (2002). *In Other Los Angeleses, Multicentric Performance Art*. California: University of California Press.

Cortés, J. M.; Weeks, J.; Halberstam, J. (2002). *Héroes caídos. Masculinidad y representación* [exposición en el Espai d'Art Contemporani de Castelló]. Valencia: Generalitat Valenciana.

Csordas, Thomas (1994). *Embodiment and Experience. The Existential Ground of Culture and Self*. Cambridge: Cambridge University Press.

Curran, James; Morley, David; Walkerdine, Valery (ed.) (1998). *Estudios culturales y comunicación. Análisis, producción y consumo cultural de las políticas de identidad y posmodernismo*. Barcelona: Paidós.

Dikovitskaya, Margaret (2005). *Visual Culture: The Study of the Visual After the Cultural Turn*. Londres / Cambridge: MIT Press.

Eagleton, Terry (2000). *The Idea of Culture*. Nueva Jersey: Wiley-Blackwell.

Featherstone, Mike (1991). *Consumer Culture and Postmodernism: Theory, Culture and Society Series*. Londres: Sage Publications.

Franklin, Sarah; Lury, Celia; Stacey, Jackie (1996). «Feminism and Cultural Studies: Pasts, Presents, Futures». En: John Storey (ed.) (1996). *What is Cultural Studies? A Reader*. Londres / Nueva York: Universidad de Sunderland.

Gamson, Joshua (1995). «¿Deben autodestruirse los movimientos identitarios? Un extraño dilema». En: Rafael Mérida (2002). *Sexualidades transgresoras. Una antología de estudios queer*. Barcelona: Icaria.

Gee, James Paul (2001). «Identity as an Analytic Lens for Research in Education». *Review of Research in Education* (n.º 20, págs. 100-125). Londres: Sage Publications.

Gergen, Kenneth (1992). *El yo saturado*. Barcelona: Paidós.

Giddens, Anthony (1997). *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la Época Contemporánea*. Barcelona: Península.

Gómez-Peña, Guillermo (2005). «Post-Mèxic a X-Paña». En: G. Cano; R. Lozano; J. Moreno (2005). *Fugas subversivas. Reflexiones híbridas sobre las identidades* [exposición en la Sala Thesaurus. La Nau]. Valencia: Universidad de Valencia.

Gordon, Deborah (1995). «Border Work: Feminist Ethnography and the Dissemination of Literacy». En: Ruth Behar; Deborah Gordon (ed.) (1995). *Women Writing Culture*. Berkeley: University of California Press.

Green, Michael (1996). «The Centre for Contemporary Cultural Studies». En: John Storey (ed.) (1996). *What is Cultural Studies? A Reader*. Londres / Nueva York: Universidad de Sunderland.

Grossberg, Lawrence (1996b). «The Circulation of Cultural Studies» En: John Storey (ed.) (1996). *What is Cultural Studies? A Reader*. Londres / Nueva York: Universidad de Sunderland.

Halberstam, Judith (2005). *In a Queer Time and Place. Transgender Bodies, Subcultural Lives*. Nueva York: New York University Press.

Halberstam, Judith (2011). *The Queer Art of Failure*. Durham: Duke University Press.

Hall, Stuart (1973). *Encoding and Decoding in the Television Discourse*. Birmingham: Universidad de Birmingham.

Hall, Stuart; Jefferson, Tony (1976). *Resistance through Rituals. Youth Subcultures in Post-War Britain*. Nueva York: Holmes & Meier.

Hall, Stuart (1980). «Cultural Studies and the Centre: Some Problematics and Problems». En: Stuart Hall; Dorothy Hobson; Andrew Love; Paul Willis (eds.) (1972-1979). *Culture, Media, Language: Working Papers in Cultural Studies*. Boston: Unwin Hyman.

Hall, Stuart (1990, verano). «The Emergence of Cultural Studies and the Crisis in the Humanities». *October* (vol. 53, págs.11-23). MIT Press.

Hall, Stuart (1996a). «Cultural Studies and Its Theoretical Legacies». En: David Morley; Kuan-Hsing Chen (ed.) (1996). *Stuart Hall, Critical Dialogues in Cultural Studies*. Londres / Nueva York: Routledge.

Hall, Stuart (1996b). «Cultural Studies: Two Paradigms». En: John Storey (ed.) (1996). *What is Cultural Studies? A Reader*. Londres / Nueva York: Universidad de Sunderland.

Hall, Stuart (Ed.) (1997). *Representation: Cultural Representations and Signifying Practices*. Londres: Sage Publications.

Hall, Stuart (2000). «Los Estudios culturales y sus legados teóricos». *Voces y Culturas* (n.º 16, págs. 9-27). Barcelona: Voces y Culturas.

Haraway, Donna (1991). *Simians, cyborgs and women; the reinvention of nature*. Nueva York: Routledge.

Hardt, Hanno (1996). «British Cultural Studies and the Return of the "Critical" in American Mass Communications Research: Accommodation or Radical Change?». En: David Morley; Kuan-Hsing Chen (ed.) (1996). *Stuart Hall, Critical Dialogues in Cultural Studies*. Londres / Nueva York: Routledge.

Hebdige, Dick (1979). *Subculture: The Meaning of the Style*. Londres: Routledge.

Hoggart, Richard (1957). *The Uses of Literacy: Aspects of Working-Class Life, with Special References to Publications and Entertainments*. Londres: Penguin Random House.

Hunter, James (1990). *Culture Wars: The Struggle to Control the Family, Art, Education, Law, and Politics in America*. Nueva York: Basic Books.

Jackson, Shannon (2004). *Professing Performance. Theatre in the Academy from Philosophy to Performativity*. Cambridge: Cambridge University Press.

Jones, Amelia (1998). *Body Art: Performing the Subject*. Mineápolis: Minnesota University Press.

Julien, Isaac; Mercer, Kobena (1996). «De Margin and De Centre». En: David Morley; Kuan-Hsing Chen (ed.) (1996). *Stuart Hall, Critical Dialogues in Cultural Studies*. Londres and Nueva York: Routledge.

Lash, Christopher (1991). *Culture of Narcissism: American Life in an Age of diminishing expectations*. Nueva York: W. W. Norton & Company.

Lauretis, Teresa de (2000). *Diferencias. Etapas de un camino a través del feminismo*. Madrid: Horas y Horas («Cuadernos inacabados», 35).

Long, Elizabeth (1996). «Feminism and Cultural Studies». En: John Storey (ed.) (1996). *What is Cultural Studies? A Reader*. Londres / Nueva York: Universidad de Sunderland.

Maffesoli, Michel (1990). *El tiempo de las tribus*. Barcelona: Icaria.

McKee, Robert (2007, julio-diciembre). «La institucionalización de los Estudios Culturales en los Estados Unidos. El caso del doctorado en Estudios Culturales en la Universidad de California, Davis, a los ocho años». *Tabula Rasa*. Bogotá (n.º 7, págs. 93-109).

McNay, Lois (2000). *Gender and Agency, Reconfiguring the Subject in Feminist and Social Theory*. Cambridge: Polity Press.

O'Loughlin, Michael (2001). «The Development of Subjectivity in Young Children. Theoretical and Pedagogical Considerations». En: *Contemporary Issues in Early Childhood* (vol. 2, n.º 1). Garden City: Adelphi University.

Phelan, Peggy (1993). *Unmarked, the politics of performance*. Londres: Routledge.

Roach, Joseph (2002). «Theatre Studies/Cultural Studies/Performance Studies. The Three Unities». En: Nathan Stucky; Cynthia Wimmer (eds.) (2002). *Teaching Performance Studies*. Illinois: Southern Illinois University Press.

Rooney, Ellen (1996). «Discipline and Vanish: Feminism, the Resistance to Theory, and the Politics of Cultural Studies» En: John Storey (ed.) (1996). *What is Cultural Studies? A Reader*. Londres / Nueva York: Universidad de Sunderland.

Storey, John (ed.) (1996). *What is Cultural Studies? A reader*. Londres / Nueva York, Sydney: Universidad de Sunderland.

Straton, Jon; Ang, Ien (1996). «On the Impossibility of a Global Cultural Studies: British Cultural Studies in an "International" Frame». En: David Morley; Kuan-Hsing Chen (eds.) (1996). *Stuart Hall, Critical Dialogues in Cultural Studies*. Londres / Nueva York: Routledge.

The Empire Strikes Back: Race and acism in the 70's Britain (1982). Birmingham: Centre for Contemporary Cultural Studies.

Thompson, Edward (1963). *The Making pf the English Class*. Londres: Penguin Random House.

Varios autores (1996, verano). «Visual Culture Questionnaire». *October* (vol. 77, págs. 25-70). MIT Press.

Williams, Raymond (1958). *Culture & Society*. Columbia: Columbia University Press.

Willis, Paul (1977). *Learning to Labor: How Working Class Kids Get Working Class Jobs*. Columbia: Columbia University Press. *Women Take Issue: Aspects of Women's Subordination* (1978). Birmingham: Centre for Contemporary Cultural Studies.

Woodward, Kathryn (ed.) (1997). *Identity and difference*. Londres: Sage Publications.